

Además...

FILATELIA

ELLERY QUEEN

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: FILATELIA (Novela completa), por Ellery Queen.
- * APENAS UNA VOZ (Poema), por Enrique Mora Salas.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * VENTA AL PREGON, por Modesto Martínez.
- * UN ARBOL SECO ME CONTO... por Enrique Obregón.
- * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
- * UNA AGENTE DE LA EDUCACION PARA LA VIDA, por Len Orzen.
- * TV UNE LOS PAISES EUROPEOS, por Henry R. Cassirer.
- * Los libros y los días: BEN GURION Y EL ESTADO DE ISRAEL, por Ramón Sender.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 11 de abril de 1954.

Nº 93.



CH! —dijo el viejo Uneker—. Una cosa terrible, Mr. Queen; una cosa terrible, como le iba diciendo. ¿A dónde va a llegar Nueva York? En mi tienda se meten polizei, y sangrando, y golpeando en la cabeza. Este es uno de mis más viejos clientes, Mr. Queen. El también tuvo experiencias... Mr. Hazlitt, Mr. Queen... Mr. Queen es el famoso detective que usted ha de conocer por los diarios, Mr. Hazlitt. El hijo del inspector Richard Queen.

Ellery Queen sonrió, se levantó del mostrador del viejo Uneker, donde estaba apoyado, y estrechó la mano del hombre.

—¿Otra víctima de nuestra ola de crímenes, Mr. Hazlitt? Uneker ha estado entreteniéndose con una historia sangrienta.

—Conque usted es Ellery Queen —dijo Mr. Hazlitt. Era un hombrecito endeble; usaba anteojos con gruesos lentes y olía a suburbio—. ¡Qué suerte! Si, me han robado.

Ellery Queen paseó una ojeada incrédula por la librería de Uneker.

—¿Aquí?
La librería estaba perdida en una calle, en pleno Manhattan, ahogada entre la British Bootery y la casa de Madame Carolyne, y parecía el último lugar del mundo para un crimen.

—No— dijo Hazlitt—. Si hubiera sido aquí, habría ahorrado el precio de un libro. No; ocurrió anoche, a las diez. Acababa de salir de mi oficina, en la calle Cuarenta y Cinco. Había trabajado hasta tarde, y volvía caminando. Un hombre me detuvo en la calle y me pidió fuego. La calle estaba solitaria y oscura; no me gustaba la apariencia del hombre, pero no vi razón para negarle un fósforo. Mientras lo buscaba, advertí que el hombre miraba el libro que yo tenía bajo el brazo. Como si tratara de leer el título.

—¿Qué libro era? —preguntó ávidamente Ellery Queen. Le gustaban mucho los libros.

—Nada de extraordinario. —Hazlitt se encogió de hombros—. Ese libro que se vende tanto, "El Caos de Europa"; me ocupo de exportaciones y me gusta estar al día en la situación internacional. En todo caso, el hombre encendió el cigarrillo, me devolvió los fósforos, murmuró "gracias", y yo seguí caminando. Después sentí que algo me golpeaba en la cabeza y todo se oscureció. Al volver en mí, estaba tendido en la alcantarilla; el sombrero y los lentes estaban tirados sobre el pavi-

mento. Creí que me habían robado; llevaba mucho dinero y tenía unos gemelos de diamantes Pe ro...

—Pero, naturalmente — dijo Ellery Queen, con una sonrisa—, lo único que faltaba era el libro. Muy bien, Mr. Hazlitt. Un problema seductor. ¿Podría describirme al asaltante?

—Tenía bigote tupido. Tenía anteojos oscuros. Eso es todo. Yo...

—No puede describir nada —dijo el viejo Uneker, amargamente—. Es como todos los americanos, ciego, un dummkopf. ¡Pe-

ro si existe alguna coherencia en los crímenes, le habrán robado otro libro.

—Exactamente. Otro ejemplar de "El Caos de Europa".

—Ahora me interesa —dijo Ellery Queen, gravemente—. ¿Por qué tenía usted dos ejemplares, Mr. Hazlitt?

—Hace unos días compré el segundo, en casa de Uneker, para regalarlo a un amigo. Lo dejé sobre la biblioteca. Había desaparecido. La ventana estaba abierta, forzada: había huellas de manos en el marco. Un atraco, evidente-



ro el libro, Mr. Queen, el libro! ¿Para qué pueden querer robar un libro como ése?

—Eso no es todo —dijo Hazlitt—. Cuando llegué a casa, anoche —vivo en East Orange, Nueva Jersey—, encontré la casa abierta, y ¿qué cree que habían robado, Mr. Queen?

—No soy adivino —la aguda cara de Ellery Queen se iluminó—

mente. Y a pesar de que tengo muchas cosas valiosas —platería, etc.—, no tocaron nada. Avisé en seguida a la comisaría de East Orange. Me revolviéron las cosas, me miraron con extrañeza y se fueron. Sin duda, me creyeron loco.

—¿Le faltaban otros libros?
—No; sólo ése.
—Realmente, no veo... —Elle-

ry se sacó los lentes y se puso a limpiarlos pensativamente—. ¿Habrá sido el mismo hombre? ¿Habrá tenido tiempo de llegar hasta East Orange y entrar en su casa antes de que usted llegara?

—Sí; cuando me levanté de la alcantarilla le conté el asalto a un vigilante, me llevó a una comisaría y me interrogaron sobre muchas cosas. Tuvo bastante tiempo. No llegué a casa hasta la una de la mañana.

—Me parece, Uneker —dijo Ellery Queen—, que su historia empieza a tener sentido. Si usted lo permite, Mr. Hazlitt, seguiré mi camino. Aufwiederschen.

Ellery Queen dejó el negocio de Uneker y se dirigió a Center Street. Subió la escalinata de la Central de Policía, saludó a su ayudante, y entró en la oficina de su padre. El inspector había salido. Ellery acarició una estatuita de marfil, de Bertillon, suspiró profundamente y salió en busca del sargento Velie, jefe de operaciones del inspector Queen. El gigante estaba en la sala de prensa, maldiciendo a un reportero.

—Velie —dijo Ellery—, no se haga el malo y consígame una información. Hace dos días hubo una frustrada cacería de un hombre en la calle Cuarenta y Nueve, entre las avenidas Quinta y Sexta. La cacería acabó en la librería de un amigo mío, un tal Uneker. El oficial del distrito tuvo el asunto. Uneker me contó la historia, pero quiero detalles menos pintorescos. Tráigame la declaración, por favor.

El sargento Velie apretó la manábula, miró al reportero y salió. Diez minutos después volvió con una hoja de papel. Ellery la leyó con atención.

Los hechos eran escuetos. Dos días antes, al mediodía, un hombre sin chaqueta y sin sombrero, con la cara congestionada, había salido corriendo de la casa de escritorios, que está a veinte metros de la librería del viejo Uneker, gritando: "¡Socorro! ¡Socorro!" Acudió el agente McCallum, y el hombre dijo que le habían robado un sello muy valioso. "¡La negra de un penique! —gritaba—. ¡La negra de un penique!" Declaró que el ladrón tenía bigotes negros y usaba gruesos anteojos azules y que acababa de huir. Pocos minutos antes, McCallum había visto un hombre que correspondía a esta descripción, parecía nervioso y había entrado en la librería de Uneker.

Revólver en mano y seguido por el filatelista, McCallum penetró en el negocio. Preguntaron si un hombre con bigotes negros y anteojos azules había entrado mo-

mentos antes. "¡Ja!, ¿con bigotes? —dijo el viejo Uneker—. Sí, está adentro". "¿Adónde?" "En el cuarto del fondo, mirando los libros". McCallum y el herido se precipitaron a la trastienda; estaba vacía. Una puerta que daba al corredor estaba abierta. El hombre, sin duda asustado por la entrada ruidosa del agente y de la víctima, había huido. McCallum inspeccionó los alrededores. El ladrón había desaparecido.

El comisario tomó declaraciones a la víctima. Dijo llamarse Friedrich Ulm y ser comerciante en sellos raros. La oficina —de él y de su hermano, pues eran socios— estaba en el décimo piso del edificio situado a veinte metros de la librería. Había estado mostrando ejemplares valiosos a tres coleccionistas, invitados especialmente. Dos de ellos se habían ido. En cierto momento, Ulm, se dio vuelta; el tercero, el hombre de los bigotes negros y anteojos azules, que se habían presentado como Avery Beninson, se abalanzó sobre él y lo golpeó en la cabeza con un hierro. El golpe le abrió un tajo en el pómulo y lo derribó medio atontado. El ladrón, con toda frialdad, había usado el mismo hierro (probablemente, una cachiporra) para abrir la tapa de una vitrina que contenía una selección de sus mejores sellos. Había sacado de una caja de cuero un ejemplar sumamente valioso: la Reina Victoria negra de un penique. Después salió corriendo y cerró la puerta con llave. El comerciante tardó algunos minutos en abrir la puerta y seguirlo. McCallum subió con Ulm a la oficina, examinó la vitrina que había sido forzada, apuntó los nombres y las direcciones de los tres coleccionistas que habían estado presentes esa mañana, interesándose especialmente en Avery Beninson.

Los nombres de los otros dos coleccionistas eran John Hinchman y J. S. Peters. Un detective visitó a cada una de estas personas y luego fué a la dirección de Beninson. Beninson, que, según las presunciones, debía ser el hombre de bigotes negros y anteojos azules, ignoraba todo el asunto; su apariencia no coincidía con las descripciones del asaltante de Ulm. No había recibido invitación alguna de los hermanos Ulm, declaró. Sí, había tenido un empleado, un hombre con bigotes negros, con anteojos oscuros, durante dos semanas; este hombre había acudido después de leer un anuncio de Beninson, solicitando un ayudante para ocuparse de sus álbumes; parecía un buen empleado, pero súbitamente, sin dar aviso ni explicaciones, desapareció después de dos semanas. Había desaparecido, advirtió el detective, la mañana que asaltaron a Ulm.

Toda tentativa para descubrir a este misterioso ayudante, que había dicho llamarse William Plank, resultó infructuosa. El hombre había desaparecido entre los millones de habitantes de Nueva York.

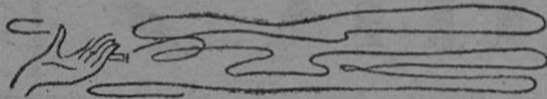
Pero esto no era el fin de la historia. Al día siguiente del robo, el viejo Uneker hizo ante el detective una curiosa declaración. La noche anterior, la noche del robo de Ulm —dijo Uneker—, había dejado el negocio para ir a cenar. El dependiente había quedado de guardia. Un hombre había entrado en la librería y había pedido "El Caos de Europa"; después, ante el asombro del dependiente, compró todos los ejemplares; en total, siete. El hombre que había hecho esta extraordinaria compra tenía bigote negro y anteojos azules.

—Parece locura, ¿no es verdad? —murmuró el sargento Velie.

—De ningún modo —sonrió Ellery Queen—. Sospecho que la so-

CUENTO Y AUTOR

"**ELLERY QUEEN SON DOS**".—El seudónimo de Ellery Queen pertenece a una pareja de jóvenes escritores, llamados Manfred B. Lee y Frederic Dannay, que publicaron su primer libro en 1928, y, desde entonces, han vendido diez millones de ejemplares. El secreto de Ellery Queen —que también ha firmado con el nombre de Barnaby Ross— es conocido desde hace bastante tiempo, y los aficionados saben que se trata de dos hombres, pero hay veces en que parece que fueran veinte, por la actividad que despliegan. Han escrito 21 novelas, tres volúmenes de cuentos, los argumentos de varias películas, ocho novelas policíacas para niños, innumerables libretos de radio, siete antologías y han compilado la única bibliografía completa que existe del género policial. Además, dirigen la mejor revista de su tipo, *Ellery Queen's Mystery Magazine*, que vende 150 mil ejemplares cada semana. En ella, Ellery Queen desarrolla una acción meritoria como pocas: brinda oportunidad a los autores jóvenes y analiza y comenta a los antiguos. Ellery prefiere "The Mad Tea Party" ("Una Invitación a Tomar Té") como su mejor cuento. Nos ha parecido "Filatelia" más interesante, porque es menos conocido y porque en él Ellery Queen maneja con extrema habilidad el absurdo.



lución es simple.

—Y esto no es ni la mitad —continuó Velie—. Uno de los muchos me comunicó un nuevo aspecto del asunto. La comisaria del distrito ha informado de dos casos de hurto. Uno ocurrió en Bronx. Un hombre llamado Hornell dijo que su departamento había sido asaltado durante la noche. ¿Y a que no sabe lo que pasó? Un ejemplar de "El Caos de Europa", que Hornell había comprado en la librería de Uneker, fué robado. Nada más. Lo había comprado dos días antes. Luego, una dama —Janet Meakins—, de Greenwich Village, declaró que habían entrado ladrones en su departamento esa misma noche. El ladrón se había llevado un ejemplar de "El Caos de Europa"; la dama lo había comprado en la librería de Uneker, la tarde anterior. ¿Complicado, eh?

—Absolutamente, Velie. Reflexione un poco. —Ellery se echó el sombrero para atrás—. Vamos, Coloso, quiero volver a hablar con el viejo Uneker.

Salieron de la Central y se fueron al centro.

—Uneker —dijo Ellery, palmeando afectuosamente la cabeza calva del librero—. ¿Cuántos ejemplares de "El Caos de Europa" tenía usted en stock cuando el ladrón huyó de la trastienda?

—Once.

—Siete, sin embargo, estaban en stock esa misma noche, cuando el ladrón volvió a comprarlos —murmuró Ellery—. Luego, cuatro ejemplares fueron vendidos hace dos días entre mediodía y la noche. Dígame, Uneker, ¿usted lleva una lista de sus clientes?

—Ah, sí. De los pocos que compran —dijo el viejo tristemente—. Así formo un registro de direcciones. ¿Quiere verlo?

—Es lo que más deseo en el mundo.

Uneker lo llevó a la trastienda y al sombrío cuarto que daba al corredor por donde el ladrón había huido dos días antes. Enfrente había un cuartito con muchas divisiones llenas de libros de contabilidad, archivos y papeles. El viejo librero abrió un pesado libro mayor, y, humedeciendo el dedo índice, empezó a dar vuelta a las páginas.

—¿Quiere saber quiénes son las cuatro personas que compraron "El Caos de Europa" esa tarde?

—¡Ja!

Uneker se puso unos anteojos verdes, con borde de plata, y empezó a leer con una voz cantante:

—Mr. Hazlitt; el caballero que le presenté, Mr. Queen. Compró el segundo ejemplar, el que le robaron de su casa. Luego está el señor Hornell, un viejo cliente. Luego una señorita Janet Meakins. Ah!, estos nombres anglosajones. Schrecklich! Y Mr. Chester Singerman, del número 13 de la calle Sesenta y Cinco Este. Eso es todo.

—¡Bendita sea su metódica y vieja alma teutónica! —Exclamó Ellery—. Velie, mire para este lado.

La habitación, como el cuarto del fondo, tenía una puerta que daba al corredor. Ellery examinó la cerradura; estaba medio salida de la madera. Abrió la puerta; del lado de afuera estaba más rota, Velie sacudió la cabeza; murmuró:

—Esta puerta ha sido forzada.

—¡Forzada! —repitió Uneker—. Nunca usamos esa puerta... No había advertido nada en ella el detective...

—Un trabajo muy pobre, Velie, el de ese detective —dijo Ellery— Uneker, ¿le robaron algo?

El viejo se precipitó sobre una anticuada biblioteca; estaba repleta de libros. Con ansiosos dedos abrió un estante que estaba cerrado con llave; dió un suspiro de alivio.

—Nein —exclamó—. No me han robado nada.

—Lo felicito. Una cosa más —dijo Ellery con prisa—. Su registro de direcciones, ¿tiene la dirección de las oficinas, además de las direcciones particulares, de sus clientes?

Uneker asintió.

—Mejor que mejor —continuó Ellery—. Hasta luego, Uneker; tal vez usted llegue a contar una historia completa. Venga, Velie; iremos a visitar a Mr. Chester Singerman.

Salieron de la librería, anduvieron por la Quinta Avenida y se dirigieron hacia el Norte.

—Evidente, como la nariz en su cara —dijo Ellery, alargando el paso para alcanzar a Velie—. Y eso es muy evidente.

—Aun me parece una locura, Mr. Queen.

—Al contrario; estamos frente a una serie de hechos lógicos. Nuestro ladrón robó un valioso sello. Penetró en la librería de Uneker, logró escabullirse en la trastienda. Oyó entrar al agente y a Friedrich Ulm y se puso a reflexionar... Si lo descubrieran

con el sello... Velie, la única explicación que puede haber para estos sucesivos robos de ejemplares de un mismo libro —un libro de poco valor— es que Plank, el ladrón, haya deslizado el sello entre las páginas de uno de los ejemplares que estaban en el estante en la trastienda; por casualidad este libro resultó ser "El Caos de Europa". Después el ladrón huyó. Desde entonces su problema fué recuperar el sello. Volvió esa noche; esperó que el viejo Uneker saliera; luego entró y le compró al empleado todos los ejemplares de "El Caos de Europa". El sello no estaba en ninguno de los siete ejemplares que había comprado. ¿Por qué otro motivo habría robado todos los otros que se vendieron esa tarde? Hasta aquí vamos bien. Como no encontró el sello en ninguno de los siete ejemplares, volvió esa noche, forzó la puerta del escritorio de Uneker —recuerde la cerradura— y buscó en el libro mayor los nombres y direcciones de las personas que habían comprado el libro esa tarde. La noche siguiente robó a Hazlitt; Plank, evidentemente, lo siguió desde la oficina, pero muy pronto advirtió que se había equivocado; el libro no era nuevo, no podía haber sido comprado esa tarde. Corrió hacia East Orange, pues tenía también la dirección particular de Hazlitt, y le robó el último ejemplar que había comprado. Tampoco tuvo suerte esa vez; asaltó entonces las casas de Hornell y de Janet Meakins, y les robó sus ejemplares. Falta, sin embargo, un comprador del libro: Singerman; lo visitaremos. Si Plank no tuvo éxito en sus robos a Hornell y a Miss Meakins, visitará a Singerman; debemos tratar de adelantarnos — nuestro astuto ladrón.

Encontraron que Chester Singerman era un estudiante que vivía con sus padres en un viejo departamento. Sí, aun conservaba el ejemplar de "El Caos de Europa". Lo necesitaba para unas lecturas complementarias para su examen de economía política. Se lo entregó a Ellery. Este lo hojeó cuidadosamente; el sello no estaba.

—Mr. Singerman, ¿usted no encontró un viejo sello entre las hojas de este libro?

El estudiante meneó la cabeza. —Ni siquiera lo he abierto. ¿Sello? ¿De qué emisión? Yo tengo una colección modesta...

—No importa —afirmó Ellery, con apresuramiento. Conocía el entusiasmo frenético de los coleccionistas de sellos. Se retiraron precipitadamente.

—Es evidente —dijo Ellery al sargento Velie— que nuestro escurridizo Plank encontró el sello, o bien en el ejemplar de Hornell, o bien en el de Miss Meakins. ¿A cuál de estos dos robaron primero, Velie?

—Me parece recordar que el segundo robo fué el de Miss Meakins.

—Entonces el sello estaba en su ejemplar. Aquí está el edificio de las oficinas. Entremos a visitar al señor Friedrich Ulm.

En la puerta del escritorio 1026, en el décimo piso, había un letrado; decía:

U L M S

Comerciantes en raros y viejos sellos

Ellery y el sargento Velie entraron y se encontraron en un amplio escritorio. Las paredes estaban cubiertas con vitrinas que contenían infinidad de sellos. Algunos escaparates, sobre mesas, contenían los ejemplares más valiosos. El cuarto estaba desordenado; tenían un olor a viejo, asombrosamente parecido al de la librería de Uneker.

Tres hombres alzaron la vista.

Uno, por la tira embolástica que le cruzaba el pómulo, debía ser Friedrich Ulm; era un alemán, alto y delgado, con escaso cabello y la mirada fanática del coleccionista empedernido. El segundo hombre era igualmente flaco, alto y viejo; tenía una visera verde y su parecido con Ulm era evidente; a juzgar por sus nerviosos movimientos y por sus manos trémulas, debía de ser mucho mayor. El tercero era pequeño, grueso e inexpresivo.

Ellery Queen dió su nombre y el del sargento Velie.

—¿El célebre Ellery Queen? —preguntó el hombrecito, inclinándose hacia adelante—. Soy Heffley, el detective del seguro. Encantado de conocerlo.

Apretó vigorosamente la mano de Ellery, y continuó:

—Estos señores son los hermanos Ulm, los dueños de esta oficina. Friedrich y Albert. El señor Albert Ulm estuvo ausente de la oficina durante la venta y el robo. Poca suerte. Hubiera podido atrapar al ladrón.

Friedrich Ulm se puso a protestar en alemán. Ellery lo escuchaba sonriendo asintiendo a cada cuarta palabra.

—Ya veo, señor Ulm. La situación entonces era la siguiente; usted mandó invitaciones por correo a los tres mejores coleccionistas, para que concurrieran a la exhibición especial de sellos raros. Su objeto era vender los sellos. Respondiendo a su invitación, en la mañana de anteayer llegaron tres hombres. Decían ser los señores Hinchman, Peters y Beninon. Usted conocía de vista a Hinchman y Peters; a Beninon, no. Muy bien. Algunos ejemplares fueron comprados por los dos primeros coleccionistas. Cuando se fueron, todavía quedaba Beninon; después lo golpeó. Sí sí. Ya sé todo eso. Déjeme ver la vitrina que forzó el ladrón.

Los hermanos le mostraron una mesa que estaba en el centro del cuarto. Sobre la mesa había un escaparate con una tapa de vidrio encuadrado en madera. Contenía numerosos sellos alineados sobre una tela de raso negro. En el centro había una caja de cuero, abierta y vacía; de ahí había sacado el sello. En la tapa de la vitrina había cuatro marcas de golpes. La cerradura estaba rota.

—Trabajo de aficionado —dijo el sargento Velie, desdeñosamente—. Bastan las manos para forzar esa cerradura.

Los agudos ojos de Ellery miraban fijamente la caja de cuero.

—Señor Ulm —dijo, volviéndose—. El sello que usted llama "la negra de un penique", ¿está en esa cajita de cuero?

—Sí, Mr. Queen, pero la caja estaba cerrada cuando el ladrón forzó la vitrina.

—Entonces, ¿cómo sabía tan precisamente lo que debía robar? Friedrich Ulm se acarició la mejilla.

—Los sellos que había en esta vitrina —explicó— no estaban en venta. Eran los mejores de nuestra colección. Cada uno de ellos vale miles de dólares. Pero, naturalmente, cuando los tres hombres estaban aquí, hablamos de esos ejemplares, y yo abrí la vitrina para mostrárselos. El ladrón vio la negra de un penique. Era un coleccionista señor Queen; si no, no habría elegido ese sello. Tiene una extraña historia.

—¡Dios mío! —dijo Ellery—. ¿Esas cosas tienen historias?

Heffley, el hombre de la compañía de seguros, se rió.

—¡Y qué historias! —exclamó—. Los señores Friedrich y Albert Ulm son famosos por poseer dos

valiosísimos ejemplares del mismo sello, la negra de un penique, como lo llaman los coleccionistas. Es un sello británico emitido en 1840; hay muchos en el mercado, y aun los que no están franqueados no valen menos de diecisiete dólares y medio, en dinero americano; pero los dos que poseen estos señores valen treinta mil dólares cada uno. Como usted ve, el robo es importante. Mi compañía está envuelta en el asunto, porque los sellos están asegurados en su valor.

—Treinta mil dólares —dijo Ellery—. Es bastante dinero para un pedacito de papel sucio. ¿Por qué valen tanto?

Albert Ulm, nerviosamente, se bajó sobre los ojos la visera verde.

—Porque estos dos tenían las iniciales de la Reina Victoria, de su puño y letra. Sir Rowland Hill, el hombre que inventó y fundó en Inglaterra, en 1839, el sistema standard de sellos postales, hizo emitir la negra de un penique. Su Majestad estaba tan satisfecha —Inglaterra, como otros países, se había preocupado mucho para conseguir un sistema postal que fuera conveniente—, que autografió los dos primeros ejemplares que salieron de la imprenta, y se los dió al dibujante; no recuerdo su nombre. Ese autógrafo les dió un inmenso valor. Mi hermano y yo tuvimos mucha suerte de que cayeran en nuestras manos.

—¿Dónde está el compañero? Me gustaría dar un vistazo a un sello que vale el rescate de una reina.

Los hermanos avanzaron ruidosamente hacia una amplia caja de hierro que resplandecía en un rincón del escritorio. Regresaron; Albert traía un estuche de cuero como si transportara una partida de barras de oro; Friedrich, como si fuera un escuadrón de guardias destacado para protegerlo, lo escoltaba ansiosamente. Ellery tocó el sello; era grueso y poco flexible. Era un sello rectangular, de tamaño corriente, sin perforaciones, ribeteado con un diseño negro, y que tenía el perfil de la reina Victoria; estaba íntegramente impreso en tonos negros. En la parte más clara de la cabeza se veían las iniciales escritas con una tinta descolorida: V. R.

Los dos sellos son exactamente iguales —dijo Friedrich Ulm—. Aun en las iniciales.

—Muy interesante —comentó Ellery, devolviendo el estuche.

Los hermanos, con sumo cuidado, volvieron a encerrar el ejemplar en la caja de hierro.

—Usted cerró el escaparate —preguntó Ellery— después que sus tres visitantes revisaron los sellos?

—Sí —dijo Friedrich Ulm—. Cerré el estuche donde estaba la negra de un penique y después cerré con llave el escaparate.

—¿Y usted mismo mandó las tres invitaciones? Veo que no tiene ninguna dactilógrafa.

—Para toda nuestra correspondencia empleamos la dactilógrafa pública del escritorio 1002, Mr. Queen.

Ellery, gravemente, dió las gracias a los comerciantes, saludó con un ademán al hombre del seguro y le dió un suave codazo en las costillas al sargento Velie. Los dos hombres salieron de la oficina. En el escritorio 1002 encontraron una muchacha angulosa. El sargento Velie mostró su insignia; Ellery en seguida se puso a leer las copias de las tres invitaciones de los Ulm. Anotó los nombres y las direcciones.

II

Primeramente fueron a visitar al coleccionista llamado John

Hinchman.

Hinchman era un hombre viejo y fornido, de pelo blanco y ojos que parecían hechos con barrena. Era áspero y reservado. Sí, había estado en la oficina de Ulm, dos días antes. Sí, conocía a Peters. No, era la primera vez que veía a Beninon. ¿Y la negra de un penique? Es claro. Todos los coleccionistas sabían la historia de esos dos sellos idénticos que poseían los hermanos Ulm. Esos pequeños papelitos q' llevaban las iniciales de una reina eran famosos en la filatelia. ¿El robo? El, Hinchman, no sabía nada de Beninon. El, Hinchman, se había retirado antes que el ladrón. El, Hinchman, no se interesaba en quién hubiera robado el sello. Sólo deseaba que lo dejaran tranquilo.

El sargento Velie dejó entrever ciertos síntomas de hostilidad; Ellery sonrió; tomó del brazo al sargento y salieron de la casa de Hinchman. Tomaron el subterráneo.

J. S. Peters era un hombre de edad madura, alto, delgado y amarillo como el lacre chino. Parecía ansioso de ayudarlos. Sí, él y Hinchman se habían ido de la oficina de Ulm antes que Beninon. Nunca había visto a Beninon, aunque lo había oído nombrar. Sí, sabía la historia de esos dos sellos; dos años antes había tratado de comprarle uno a Friedrich Ulm; pero los Ulm habían rehusado venderlo.

—La filatelia —dijo Ellery al sargento Velie, cuya honesta cara pareció entristecerse al sonido de la palabra— es una afición curiosa. Afilige a sus víctimas como una verdadera manía. No dudo de que estos coleccionistas llegarían a matarse por uno de esos ejemplares.

El sargento arrugó la nariz.

—Ahora, ¿qué tal le parece el asunto? —preguntó ansiosamente.

—Espléndido, y muy cambiado —replicó Ellery.

Encontraron a Avery Beninon en una vieja casa de piedras rojizas, cerca del Hudson; era un huésped suave y cortés.

—No, nunca vi esa invitación —dijo Beninon—. Yo contraté a ese hombre que decía llamarse William Plank para que se ocupara de mi colección y de la vasta correspondencia que tenemos todos los coleccionistas de alguna importancia. El hombre entendía de sellos. Durante dos semanas, su ayuda fué inestimable para mí. Ha de haber interceptado la invitación de los Ulm. Comprendió que tenía una oportunidad para ir a sus oficinas; fué allí, dijo que se llamaba Avery Beninon y...

El coleccionista se encogió de hombros.

—Imagino que no era difícil para un hombre sin escrúpulos —afirmó.

—Naturalmente, ¿usted no tuvo más noticias de él desde la mañana del robo?

—Claro que no. Recogió el botín y se fué.

—¿Y en qué lo ocupó usted, Mr. Beninon?

—En la rutina ordinaria de un coleccionista: clasificar, catalogar, pegar los sellos en los álbumes y contestar las cartas. Viví aquí las dos semanas que estubo a mi servicio. Beninon sonrió tristemente—. Soy soltero y vivo completamente solo en este caserón. Estaba feliz en su compañía, aunque era un hombre raro.

—¿Raro?

—Siempre estaba yéndose —dijo Beninon—. No traje casi equipaje ese poco desaharado hace dos días. Parecía que no le gustaba la gente. Cuando venían amigos o coleccionistas, se retiraba a su cuarto.

—Entonces, ¿no hay ninguna otra persona que pueda darnos

una descripción de Plank?

—Desgraciadamente, no. Era un hombre más bien alto, de edad. Era inconfundible por sus bigotes y sus anteojos ahumados.

Ellery se estiró sobre la silla y dijo:

—Me interesan las costumbres de ese hombre, Mr. Beninon. Frequentemente, las costumbres individuales son los inocentes medios por los que se descubre a los criminales; el sargento Velie podrá corroborarme. Le ruego que reflexione. ¿Ese hombre tenía costumbres extrañas?

Beninon apretó los labios concentrándose ansiosamente. Su cara se iluminó.

—¡Eureka! Tomaba rapé.

Ellery y el sargento se miraron.

—Muy interesante —dijo Ellery, con una sonrisa—. Mi padre, el inspector Queen, ¿sabe usted?, también toma. Desde mi infancia he tenido la dudosa alegría de contemplar las actitudes de los tomadores de rapé. ¿Plank lo tomaba regularmente?

—No me atrevería a afirmarlo. Mr. Queen —replicó Beninon, frunciendo el ceño—. Durante las dos semanas que estubo conmigo —y pasábamos el día trabajando juntos—, sólo una vez lo vi tomar rapé. Fué la semana pasada; salí por un momento y al volver lo encontré con una cajita labrada entre las manos y aspirando algo. Guardó la cajita en seguida, como si no deseara que yo lo viera.

Ellery se reavivó. Se irguió en la silla y estudiadamente se arregló los lentes.

—¿Usted no sabía su dirección? —preguntó lentamente.

—No, nunca la supe. Temo no haber tomado las precauciones necesarias al contratarlo. —El coleccionista suspiró—. He tenido buena suerte de que no me haya robado nada. Mi colección es muy valiosa.

—No lo dudo —dijo Ellery, con una voz amable. Se levantó—. ¿Puedo hablar por teléfono, Mr. Beninon?

—¿Cómo no!

Ellery consultó una guía telefónica y llamó a varios números. Habló en voz baja, tan baja, que ni Beninon ni el sargento Velie pudieron oír lo que decía. Cuando colgó el receptor, dió:

—Si usted pudiera dedicarme media hora, señor Beninon, me gustaría que nos acompañara a dar un breve paseo.

Beninon parecía asombrado; pero sonrió, diciendo:

—Encantado.

Buscó su sobretodo. Ellery pidió un taxímetro y los tres hombres fueron conducidos a la calle Cuarenta y Nueve. Cuando llegaron a la librería, Ellery se excusó, bajó, y a un momento después volvió con el viejo Uneker. En la oficina de los hermanos Ulm encontraron a Heffley, el hombre del seguro, y a Hazlitt, el cliente de Uneker, que los esperaban.

—Me alegro de que hayan venido —dijo Ellery—. Buenas tardes, Mr. Ulm. Una pequeña conferencia y creo que este asunto se va a aclarar perfectamente.

Friedrich Ulm se rascó la cabeza; Albert Ulm, sentado en un rincón, las rodillas juntas y puntiguadas, la visera sobre la cara, así...

—Tendremos que esperar —dijo Ellery—. Les rogué a Mr. Hinchman y a Mr. Peters que vinieran. ¿Qué les parece si nos sentamos?

Hubo un silencio incómodo. Nadie hablaba; Ellery recorría la oficina examinando con curiosidad los escaparates y silbando suavemente. El sargento Velie lo miraba con incertidumbre. Luego la puerta se abrió y Hinchman y Peters entraron juntos. Se detuvieron en el umbral, se miraron,

El Club Internacional de Correspondencia de Montevideo cuenta en la actualidad con trescientos diez y seis socios, que se hallan en los países de América Latina, Estados Unidos de América, México, Canadá, España, Suiza, Francia, Portugal y África, y desea extender sus relaciones con otros países, con el fin de despertar la conciencia universal.

Este Club ha mantenido hasta la fecha una correspondencia muy intensa con las Universidades de Río de Janeiro, Santiago, Quito, Lima, España y Francia, habiendo difundido numerosos boletines de tipo internacional en la prensa de Colombia, México, Costa Rica y Canadá.

El Club está formado por personas pertenecientes a todas las categorías sociales: estudiantes, profesores, artistas, abogados, comerciantes e individuos de otras profesiones.

EXPOSICIONES REGIONALES DE PINTURA

El Instituto de Bellas Artes de México organiza exposiciones de arte en diversos puntos de la República. Los lotes enviados a las grandes ciudades de provincia contienen cuadros antiguos y modernos originales. La llegada de esas exposiciones coincide generalmente con la organización de fiestas tradicionales que atraen a la ciudad muchos habitantes de las regiones vecinas. La primera de esas exposiciones tuvo lugar en Aguascalientes, donde miles de personas vinieron a contemplar esos cuadros que hace algún tiempo causaron sensación en Europa.



derlo? Luego recordé que los dos sellos eran idénticos, que hasta las iniciales de la reina estaban en el mismo lugar. Entonces, me dije: Si yo fuera los señores Ulm, escondería el sello —como el personaje del famoso cuento de Edgar Allan Poe— en el lugar más visible. ¿Y cuál es el lugar más visible?

Ellery suspiró y devolvió el revólver al sargento Velie.

—Padre —le dijo al inspector, que se incorporó nerviosamente—, creo que si permites que alguno de nuestros amigos filatelistas examine la segunda negra de un penique, que tienes entre tus dedos, descubrirás que la primera está pegada en el dorso de la segunda.

se encogieron de hombros y entraron. Hinchman rezongó:

—¿Qué significa esto, Mr. Queen? Soy un hombre ocupado.

—No es su única característica —sonrió Ellery—. Ah, el señor Peters... Buenos días. Las presentaciones tal vez no correspondan. Tomen asiento, señores —dijo con una voz más autoritaria.

La puerta se abrió, y un hombrecito gris, que parecía un pájaro, se asomó. El sargento Velie parecía atónito; Ellery lo llamó alegremente.

—Adelante, viejo. Llegaste a tiempo para el primer acto.

El inspector Richard Queen inclinó un poco su cabeza de ardilla, miró con aspereza a los presentes y cerró la puerta detrás de él.

—¿Para qué diablos me has llamado, hijo?

—Para nada muy interesante. No es un asesinato ni nada de tu especialidad. Pero puede interesarte. Señores el inspector Queen.

El inspector gruñó, se sentó, sacó la cañita de rapé y aspiró con la voluptuosidad adquirida en una larga experiencia.

Ellery estaba sentado en el centro de rueda, mirando serenamente a los circunstantes.

—El robo de la negra de un penique, como ustedes, los coleccionistas inveterados, la llaman, era un interesante problema. Digo deliberadamente era porque el problema está resuelto.

—¿Es éste el asunto del robo de sellos, del que oí hablar en la Central? —preguntó el inspector.

—Resuelto? —preguntó Beninson—. No entiendo bien, Mr. Queen. ¿Ha encontrado a Plank?

Ellery hizo un vago ademán con el brazo.

—Nunca estuve muy seguro de poder apresar a Mr. William Plank, como tal. Usaba anteojos ahumados y bigotes negros. Ahora bien, toda persona familiarizada con las investigaciones policiales le dirá que la mayoría de las personas identifican las caras por detalles superficiales. Un bigote negro llama la atención. Unos anteojos ahumados quedan grabados en la memoria. En efecto, el señor Hazlitt, aquí presente, que según Uneker es un hombre poco observador, a pesar de haber visto a su asaltante en una calle mal iluminada, recordaba el bigote negro y los anteojos ahumados. Pero esto es elemental y no particularmente ingenioso. Es justo suponer que Plank quería ser recordado por estos rasgos. Yo estaba convencido de que se había disfrazado, que los bigotes debían ser postizos y que de ordinario no usaba esos anteojos ahumados. Este es el primero y el más simple de los tres indicios psicológicos que señalan al criminal. —Ellery sonrió y bruscamente se volvió hacia el inspector—. Padre, tú siempre fuiste aficionado al rapé. ¿Cuántas veces por día aspiras ese polvo impuro y pardusco?

—Cada media hora, más o menos. —El inspector entrecerró los ojos—. A veces tan frecuentemente como ustedes fuman un cigarrillo.

—Precisamente. Ahora bien, Mr. Beninson me dijo que en las dos semanas que Plank estuvo en su casa, y a pesar de que trabajaban todo el día juntos, sólo una vez lo vio tomar rapé. Les ruego que observen que este hecho es muy sugestivo y que arroja cierta luz sobre el asunto.

Por la impavidez de las caras, era evidente que, lejos de ver luz, esas mentes estaban en plena obscuridad en cuanto al problema. Había una excepción: el inspector: asintió, se movió en la silla y, fríamente, empezó a estudiar los rostros que lo rodeaban.

Ellery encendió un cigarrillo. —Muy bien —exclamó, echando

pequeñas bocanadas de humo— Ahí tienen el segundo indicio psicológico. El tercero era éste: Plank, en un lugar bien público, golpea en la cara a Mr. Friedrich Ulm, con la intención de robarle un valioso sello. En estas circunstancias, cualquier ladrón se preocuparía por ser, ante todo, rápido. El señor Ulm sólo estaba medio aturdido; podía volver en sí y empezar a gritar; un cliente podría entrar; el señor Albert Ulm podría volver inesperadamente.

—Un momento, hijo —dijo el inspector—. Entiendo que hay dos de esos sellos. Me gustaría ver el que todavía está aquí.

Ellery asintió. Uno de ustedes, señores —preguntó—, ¿haría el favor de traer el sello?

Friedrich Ulm se levantó, dirigiéndose hacia la caja de hierro, movió los diales, abrió la puerta, estuvo unos instantes con las manos ocupadas en su interior, y regresó con el estuche de cuero que contenía la segunda negra de un penique. El inspector examinó con curiosidad el grueso papellito; a él también le asombraba que valiera treinta mil dólares.

Casi lo dejó caer cuando oyó que Ellery le decía a Velie:

—Sargento, ¿me presta el revólver?

Velie entreabrió su poderosa mandíbula mientras sacaba del bolsillo de atrás un revólver de caño largo. Ellery lo tomó y lo sopesó pensativamente. Después lo empuñó y se dirigió hacia el escaparate que había sido forzado.

—Observen, señores —para desarrollar mi tercer punto—, que para abrir el escaparate Plank utilizó un trozo de hierro y que necesitó insertarlo cuatro veces bajo la tapa; esto lo demuestran las cuatro marcas que dejó. Bien, como ustedes pueden ver, el escaparate está cubierto con un delgado vidrio. Además estaba cerrado con llave, y el sello estaba dentro del estuche de cuero. Plank estaba parado aquí, imaginando, y tengan en cuenta que el trozo de hierro estaba en sus manos. ¿Qué les parece que había un ladrón, que no tenía un minuto que perder, en estas circunstancias?

Todos miraban asombrados. El inspector apretó los labios y apareció una sonrisa en la cara del sargento Velie.

—Es muy sencillo —dijo Ellery—. Imagínense la escena. Soy Plank. El revólver que tengo en la mano es pesado. Estoy frente al escaparate.

Los ojos le brillaron dentro de los lentes; alzó el revólver. Luego bajó rápidamente el revólver sobre el vidrio de la tapa. Albert Ulm gritó y Friedrich Ulm se irguió a medias, con la mirada resplandeciente. La mano de Ellery se detuvo justo a unos centímetros del vidrio.

—¿No rompa ese vidrio, no sea imbécil! —gritó el hombre de la visera verde—. Sólo va a conseguir...

De un salto se plantó frente al escaparate, con los brazos tendidos y trémulos, como para proteger el escaparate y su contenido. Ellery sonrió, y tocó con el caño del revólver el vientre del hombre.

—Me alegro que me haya detenido. Mr. Ulm, ¡manos arriba!

—¿Por qué? ¿Qué significa esto? —preguntó Albert Ulm, alzando los brazos con desesperada rapidez.

—Significa —dijo Ellery, suavemente— que usted es William Plank y que su hermano Friedrich es su cómplice.

Temblando los hermanos Ulm se dejaron caer en sus sillas. El sargento Velie los miró con una sonrisa maléfica. Albert estaba

completamente abatido; temblaba como una hoja al viento.

—Una serie de deducciones muy sencillas, casi elementales. —Ellery explicaba—. Primero, el tercer punto. ¿Por qué el ladrón, en vez de romper el vidrio, que era la acción más lógica, prefirió perder tiempo tratando de forzar cuatro veces la tapa con el trozo de hierro? Evidentemente, para proteger los otros sellos del escaparate. Hubieran podido resultar dañados —tal como el señor Albert Ulm lo indicó con su actitud—. ¿Y quiénes tenían interés en proteger los demás sellos? ¿Hinchman, Peters, Beninson, el mitológico Plank? No, por cierto. Solamente los hermanos Ulm, dueños de los sellos.

El viejo Uneker sonrió; tocó con el dedo al inspector.

—¿No le dije que era hábil? A mí nunca se me hubiera ocurrido.

—Y, ¿por qué Plank no robó los otros sellos del escaparate? Eso lo hubiera hecho un ladrón. Plank no lo hizo. Pero si los Herren Ulm fueran los ladrones, el robo de los otros sellos no tendría sentido.

—¿Y qué me dice, Mr. Queen, de esa cuestión del rapé?

—preguntó Peters.

—Sí. Del hecho de que solamente una vez haya tomado rapé puede sacarse una conclusión indudable. Ya que los tomadores de rapé lo toman frecuentemente, se deduce que Plank no era un tomador de rapé. Luego, lo que aspiró ese día no era rapé. ¿Qué otra cosa puede aspirarse de ese modo? Drogas en polvo: heroína. ¿Cuáles son las características de un tomador de heroína? Nerviosidad; delgadez; v. lo más importante, ojos reveladores, ojos cuyas pupilas se contraen bajo la influencia de la droga. He aquí otra explicación de los anteojos ahumados que usaba Plank. Los usaba por dos razones: era un disfraz fácilmente reconocible; escondía sus inconfundibles ojos de tomador de drogas. Pero cuando advertí que Mr. Albert Ulm —Ellery se acercó al hombre y le arrancó la visera, descubriendo dos pupilas rígidas y diminutas, como punta de alfiler— usaba esta visera, obtuve una confirmación psicológica de su identidad con Plank.

—Sí, pero el robo de todos esos libros... —dijo Hazlitt.

—Es parte de un plan hermoso y rebuscando —dijo Ellery—. Friedrich Ulm, con su herida en la mejilla, debía ser el cómplice de Albert Ulm. Luego, si los hermanos Ulm son los ladrones, el asunto de los libros es una falsa pista. El atraco a Friedrich, el ardid de la fuga de la librería, los hurtos de ejemplares de "El Caos de Europa", todo es una serie de bien planeados incidentes para sugerir que el ladrón era una persona desconocida; para hacer creer a la policía y a la compañía de seguros que el sello había sido robado. Pero no había sido robado. El propósito era naturalmente, cobrar el seguro sin deshacerse del sello. Estos hombres son coleccionistas fanáticos.

—Todo esto está muy bien, Mr. Queen —dijo Heffley, moviéndose nerviosamente—. ¿Pero dónde diablos está el sello que se robaron a ellos mismos? ¿Dónde lo escondieron?

—He pensado largamente sobre este punto, Heffley. Mientras mis tres deducciones eran indicios psicológicos de culpabilidad, el descubrimiento, en poder de los Ulm, del sello robado hubiera sido la prueba.

Distraídamente, el inspector hacía girar entre sus dedos el segundo sello. Ellery continuó:

—Volviendo a considerar el problema, me dice: ¿Cuál sería el lugar más evidente para escon-

EL TICO Y SU TIERRA

Por WILLIAM VOGT

COSTA RICA NECESITA PARQUES NACIONALES



COSTA RICA es un país de incomparable belleza. Sus altas montañas azules terminan muchas veces en imponentes volcanes que atraen las miradas de todos los ticos; y cuando tienen la oportunidad de ascender la montaña y llegan a la cumbre del Irazú, se embriagan entonces con el espectáculo magnífico de todo un país y dos océanos.

De todas partes de la República la gente viaja desde hace muchos años a Puntarenas para contemplar el lindo Golfo de Nicoya desde la playa hermosa, donde se encrespan las olas mansas y se pasan los días de verano recibiendo un delicioso baño de sol.

Quizá no haya otro país en el mundo donde con sólo caminar unos pocos kilómetros se note un cambio tan sorprendente en la exuberante vegetación y en el clima. Costa Rica es un puente natural donde concurren la flora y la fauna de las dos Américas, la del Norte y la del Sur, y su riqueza botánica ha llamado la atención de los naturalistas desde la primera vez que la visitaron.

Si fuera a enumerar todas las alabanzas que merece Costa Rica por su belleza natural, tendría que llenar muchas páginas de esta obra.

Cuando los costarricenses pisan en su país, tienen necesariamente que pensar en sus bellezas. Y cuando están conmovidos por sus bellezas, se sienten más orgullosos que nunca de ser costarricenses. Saben que poseen uno de los países más hermosos del mundo.

Pero muchos ticos no se dan cuenta de que también las personas que no son costarricenses admiran la extraordinaria belleza del país; y que estas personas pagarían millones de dólares nada más que por admirar las bellezas de Costa Rica.

Si Costa Rica no fuera un país hermoso, los turistas no sacarían miles de fotografías al año para enviarlas a otras partes del mundo. Cuando regresan a sus hogares hablan de las bellezas del país que acaban de visitar, y eso hace que otras gentes estén ansiosas por venir también a conocer Costa Rica. Vendrían también, por supuesto, por sus mercados interesantes, por su deliciosa cocina y su pueblo simpático y cortés; pero una de las cosas que más les atraen es la gran belleza natural que ofrece Costa Rica.

Los que han viajado desde el Norte del Canadá hasta el Sur de Chile, saben que no hay en toda la América un país más lindo que Costa Rica.

Dice una poeta inglesa que...

"Si vieras perdida tu fortuna y tan sólo dos panes te quedarán, vende uno y compra jacintos para alimentar tu alma."

La belleza no necesita justificación, pero es doblemente importante si tiene además otros valores; si sirve, por ejemplo, para ayudar a alimentar al pueblo de Costa Rica.

París, Roma, Nueva York y Chiago tienen en sus museos las hermosas obras de arte producidas por el hombre. La gente viaja

miles de kilómetros para verlas, y al hacerlo gasta millones de dólares para satisfacer su curiosidad.

Pues bien, exactamente lo mismo está comenzando a suceder en Costa Rica. La gente viaja miles de kilómetros para gozar de sus bellezas, y al hacerlo traen al país montones de dinero.

Muchos de estos viajeros son ricos y gastan bastante; no les importa que su estada en Costa Rica les cueste 100, 200 o 300 colones diarios. Se han ganado ese dinero en otro país y vienen aquí a gastarlo, comprando productos y pagando servicios a los ticos. Comprarán comidas y bebidas, y el dinero que así se gasta llegará a la larga a los bolsillos de los campesinos. Comprarán bellísimos SOUVENIRS de vivos colores y las graciosas taladuras en madera de café que no pueden hallar en sus países respectivos.

Si les gusta cazar, contratarán guías; si les gusta montar, o si tienen que viajar a caballo, alquilarán bestias y quizá hasta contratarán a alguien para que los acompañe.

Todos estos gastos del turista aumentan, por supuesto, la riqueza nacional, y al enriquecerse el país el beneficio se extiende a todos los que viven en él. Y puesto que la belleza de Costa Rica atrae a la gente y puede producir mucha riqueza, es importante proteger esa belleza. Los ticos se deben empeñar en que se aumente la cantidad de dinero que de esta manera recibe el pueblo de Costa Rica.

Durante los últimos 75 años el Gobierno de los Estados Unidos ha hecho reservaciones de grandes terrenos para dedicarlos a parques nacionales. En esta forma se protegen las vertientes, los animales silvestres y también se protegen los lugares de excepcional belleza. Estos parques han llegado a ser tan populares que en los últimos 10 años tuvieron 15 millones de visitantes. Y esa gente gastó en sus visitas a los parques nacionales de los Estados Unidos más de 100 millones de pesos.

Esto que acabo de referir es de gran importancia para los costarricenses. Porque aquello que ha servido de fuente de enriquecimiento para el pueblo de los Estados Unidos, es decir, para los trabajadores y campesinos que ganaron dinero transportando y atendiendo a los turistas, puede ser también una fuente de riqueza para el pueblo de Costa Rica.

Si Costa Rica tuviera unos cuantos parques nacionales muchos norteamericanos querían venir a visitarlos. Y harían nacer nuevos mercados para muchos productos costarricenses. Darían empleo a muchos ticos y millones de colones y de dólares irían a parar a los bolsillos de los costarricenses.

Los campesinos pueden hacer mucho para llevar esa riqueza adicional a Costa Rica.

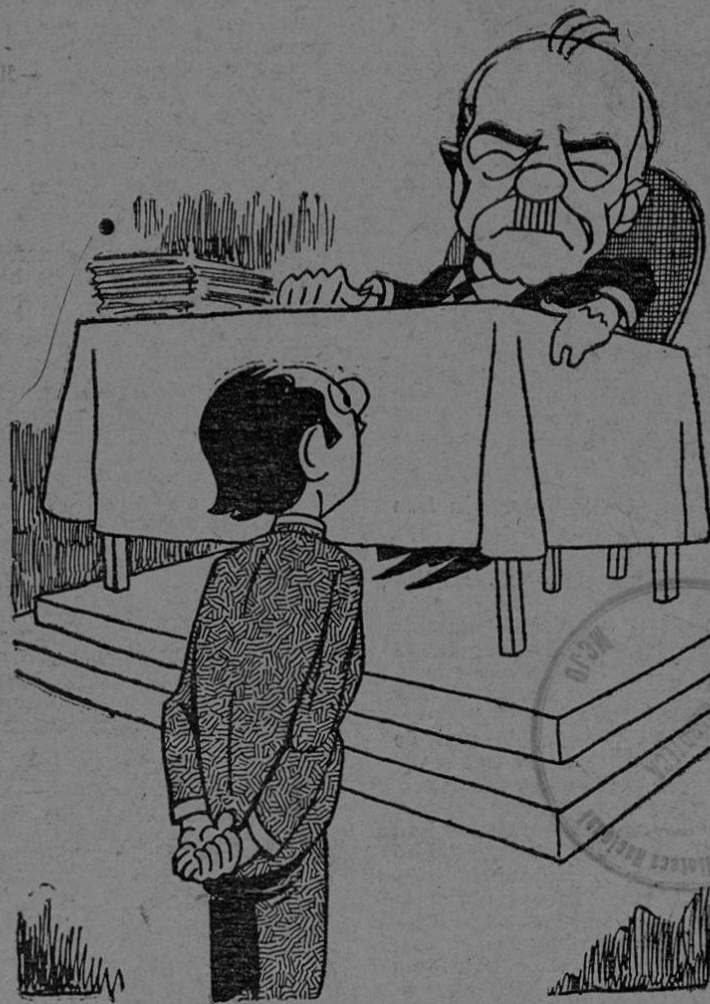
¿Qué querían hallar esos turistas en los parques nacionales de Costa Rica? En primer lugar, les gustaría hallar la belleza natural; los hermosos bosques con sus flores silvestres, sus cuadrúpedos y pájaros. En resumen, la belleza natural de Costa Rica.

¿Qué tiene que ver esto con los campesinos? El campesino está más que nadie destruyendo las bellezas naturales de Costa Rica. Y lo está haciendo en especial en los futuros parques nacionales. Está talando sus bosques, cuando lo lógico es que estuvieran absolutamente protegidos. Al futuro

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNANDEZ MORA

Dibujos de Néé Salano V.



UNO de los hombres que supo honrar a la república por sus virtudes cívicas y ciudadanas y que brilló en las posiciones que a él le fueron confiadas por diferentes gobiernos e instituciones, fué, sin duda alguna el recordado doctor don Vicente Lachner Sandoval. De este gran patriota las gentes cuentan muchas anécdotas, pues a su paso por la Dirección del Sanatorio Durán, del recinto del Congreso Constitucional y la Dirección del Colegio San Luis Gonzaga de Cartago dejó huellas muy marcadas de su gran espíritu organizador y patriótico. En los campos de la pedagogía costarricense, el ilustre doctor Lachner Sandoval dejó hondas huellas de su talento, y en el campo más sagrado que

es el hogar, una bien cimentada cultura y educación a sus hijos, pues fue un padre amantísimo.

Cuentan que en una oportunidad, siendo el Director del Colegio San Luis Gonzaga de Cartago y profesor a la vez, dictando una de sus sabias lecciones, un estudiante muy fogoso de apellido Gamboa, le hizo al doctor Lachner Sandoval, la siguiente imperitinentemente pregunta:

—“¿Dígame doctor; con qué se escribe “su jeta?”...”

El sabio profesor, aquella figura austera que era todo carácter y rectitud, bastante contrariado por la preguntita insolente, le respondió al instante:

—“Sujeta del verbo “sujetar” se escribe con “j”; pero su MALACRIANZA SE ESCRIBE CON “Z”...”

Parque Nacional de las cercanías del Cerro de la Muerte, no le que darán, de aquí a diez años, ni un sólo roble, si los campesinos siguen talándolos. No quedarán más que fincas abandonadas, destruidas por la erosión del suelo. Y nadie querrá visitar un parque así.

¿No vale más el parque como atracción PERMANENTE para miles de gentes al año, que como fuente de leña y carbón durante diez años?

En otros lugares que deberían ser reservados como parques, los campesinos están talando los árboles, quemando los bosques, de manera que los arbolitos no pueden crecer, matando los mamíferos y los pájaros silvestres. A menos que el Gobierno haga pronto unas reservaciones, y los campesinos traten de manera diferente a sus bosques, ya no intere-

sarán a nadie, y una gran fuente potencial de ingresos habrá desaparecido. Lo que puede ser mantenido como una belleza natural será un lugar que cause repulsión.

En vez de sentirse los ticos orgullosos de sus bosques, de sus arroyos, cascadas y ríos, de sus preciosos pájaros, tendrán que sentirse avergonzados de que hayan tasado en tan poco la hermosura de su país y de haberla destruido.

Si un grupo de costarricenses destruyera sistemáticamente las hermosas iglesias de la colonia, si destruyera sistemáticamente las el Museo Nacional, habría una ola nacional de indignación. No habría defensa contra tal vandalismo. ¿Cómo entonces, permiten los ticos que los campesinos y finqueros destruyan los tesoros naturales del país?

TV. UNE LOS PAISES EUROPEOS

EL PUBLICO DE LA TELEVISION ha disfrutado últimamente de una nueva vista de los museos de París, a través de una serie de programas, titulada "Tesoros de París", que ha animado con vida extraordinaria las exposiciones de objetos antiguos, mediante la música, la danza, la ópera, el folklore y la poesía. Cuando, a finales de este año, comience a funcionar una red internacional de televisión, los pueblos de ocho países europeos podrán intercambiar sus programas y conocerse mejor unos a otros. Las fotografías de esta página fueron tomadas en un programa de gala de la Televisión, en el Museo del Louvre, al pie de la Victoria Alada de Samotracia. A través de emisiones de esta índole, los países enlazados por la televisión podrán hacer participar de sus tesoros a sus vecinos. (Fotos Televisión francesa).

Por Henry R. Cassirer



En una tarde de julio, del año de 1952, nos encontramos descansando en el salón de una de esas casas de ladrillo—con capacidad para 2 familias—que son tan características de los barrios residenciales de Londres. Todo estaba en su sitio acostumbrado: la planta verde en su jarrón decorativo junto a la ventana, los sillones recubiertos de felpa, y naturalmente, el aparato de televisión. El programa de la noche era un visita a París. La cámara nos presentó primeramente el interior del taller de un pintor en Montmartre, refugio de los artistas. Luego vino una visita al Museo del Louvre. Vimos las estatuas de Miguel Ángel y las esculturas religiosas de la Edad Media. Para terminar, bajamos a uno de los sótanos característicos de la vida estudiantil de París, en donde los jóvenes suelen bailar al ritmo vibrante del jazz, y *femmes fatales* de largos cabellos atados cantan canciones de la vida y del amor del viejo París.

Caen las barreras

Cuando cerramos el interruptor al final del programa, tuvimos la impresión de que habíamos sido testigos de un acontecimiento histórico. Habíamos descubierto un camino nuevo de comunicación entre los hombres a través de las barreras de las lenguas y de las fronteras de las naciones. La televisión europea ha avanzado mucho desde esa fecha, que fué, puede decirse, la de sus comienzos, y la comunicación internacional es ahora una nueva realidad, sobre todo cuando se empiezan a poner en práctica planes eficaces para la cooperación futura.

Lo que más nos sorprendió en el programa del Museo del Louvre fué la capacidad de la televisión para superar las barreras de la lengua. En esa ocasión, escuchamos a dos locutores, un inglés y un francés—pues el programa fué presentado simultáneamente en Francia—quienes explicaban alternativamente las obras de arte. Si el programa hubiera sido únicamente de radio, el público inglés se hubiera sentido completamente fuera del ámbito de la radiodifusión cuando hablaba el locutor francés; pero, con este procedimiento de la televi-

sión, los espectadores podían mirar más detenidamente las esculturas y las otras obras de arte sin necesidad de escuchar el comentario hecho en otra lengua. A pesar de ciertas críticas que califican a este método de poco aceptable, el programa de televisión no deja ninguna duda acerca del hecho de que los procedimientos visuales forman un puente entre las naciones cuando el sonido fracasa en esta misión.

El siguiente paso hacia adelante se dió en junio de 1953, cuando se llevaron a la televisión las ceremonias de la Coronación de la Reina Elizabeth, desde Londres, y se hizo su radiodifusión simultáneamente a cuatro países del continente europeo: Francia, Bélgica, los Países Bajos y Alemania. Un millón de franceses vieron a la Reina recibir la Corona. En esta vez igualmente fué muy fácil para el público entender el programa, pues un francés hacía el comentario de las escenas, que eran las mismas que contemplaban los ingleses—descritas por sus propios locutores—y los holandeses y alemanes que oían el comentario en su lengua nacional.

Probablemente, la red o cadena de radios que hizo posible la difusión de ese programa fué el fruto de cuidadosas preparaciones y de ingeniosos arreglos de ingeniería eléctrica. La principal dificultad residía en el hecho de que el nivel requerido para la radiodifusión difiere fundamentalmente en los países participantes. Un cuadro de televisión, en Inglaterra, se compone de 405 líneas; pero en Francia el cuadro tiene 819, mientras en los Países Bajos y en Alemania no llega sino a 625. Se había creído que estas diferencias podrían constituir obstáculos insuperables para la transmisión de programas internacionales de televisión, de la misma manera que las diferentes dimensiones de las vías de ferrocarril hacen imposible que un tren pase de un sistema a otro sin adaptación especial. Pero los ingenieros lograron adaptar y convertir la teledifusión. La primera adaptación que tuvo éxito se llevó a cabo entre Inglaterra y Francia, a través del Canal, en 1951. El segundo paso fué la difusión de programas semanales desde París hacia la Gran Bretaña, los cuales culminaron con el de la celebración de la Fiesta Nacional francesa del 14 de Julio de 1952. El tercer paso fué la difusión "multinacional" de las ceremonias de la Coronación desde Inglaterra hacia el Continente en 1953. Y el cuarto paso será el intercambio de programas en junio de 1954 entre Gran Bretaña, Francia, Bélgica, los Países Bajos, Alemania Suiza e Italia, y posiblemente Dinamarca.

Una meta ambiciosa

El establecimiento de una red internacional permanente (y muy costosa), que una, en comunicación mutua, ocho países con seis lenguas diferentes, y cuatro determinaciones distintas del cuadro de televisión, dejando para los otros países las organizaciones jóvenes de televisión, muchas de las cuales se encuentran aún aprendiendo la manera de producir programas para su propio público, es una meta ambiciosa.

Cada uno de los ocho países producirá un programa destinado a dar un panorama de su propia tierra, y todos esos países harán una emisión al mismo tiempo, de los

juegos del campeonato internacional de fútbol, que se llevará a cabo en Suiza. Con esa ocasión se ensayará un nuevo procedimiento para superar las dificultades de la lengua. En ninguno de los programas de teledifusión habrá locutores que hablen en su propia lengua directamente junto a la cámara fotográfica sino que, por el contrario, los programas serán explicados por locutores invisibles, cuyas palabras serán traducidas simultáneamente a la lengua del país receptor.

Cabría preguntarse: ¿qué desean mostrarse esos países unos a otros? ¿se han congregado únicamente para establecer una red destinada a la difusión de las ceremonias nacionales y los acontecimientos públicos? Al interrogar a los productores de programas de televisión, ya sean franceses o británicos, holandeses o alemanes, se obtiene siempre la misma respuesta: deseamos ver cómo viven los otros pueblos y queremos mostrarles un fragmento de nuestra propia vida. Lo que interesa a los espectadores de esos países es contemplar la existencia diaria de la señora Dupont o del Sr. Smith, y ver cómo se arreglan para que les alcance su salario y darse cuenta de lo que compran en el mercado, las diversiones de que disfrutan, cómo cuidan a sus niños, la manera de trabajar en las estaciones de ferrocarril o en las fábricas, en los salones de modas o en las granjas. Y, naturalmente, los espectadores desean ver los mejores espectáculos y las mejores diversiones de cada país. Es como si hubiera un concurso europeo para el aplauso del espectador de ese continente.

Café Continental

El público francés de la televisión recibió una muestra de esta innovación de la televisión internacional con el espectáculo "Café continental", organizado por la sección de televisión de la BBC y difundido como parte de los programas producidos durante el período de la Coronación. Se trata de un programa londinense que muestra a los espectadores ingleses, por ejemplo, acróbatas alemanes y danzarines austríacos, magos holandeses y cantores franceses, así como otra clase de artistas británicos. Cada número del programa era anunciado por una artista francesa que vive en Londres y cuyo acento es considerado como encantador por los espectadores ingleses. Este espectáculo es verdaderamente un buen programa de televisión en Inglaterra, pero es también una distracción magnífica en cualquier parte del mundo. En realidad, ese programa explica, a su manera, que los pueblos no son diferentes cualquiera que sea su lengua.

Este intercambio internacional obedece a un doble propósito. No solamente intenta promover una mejor comprensión entre las naciones, sino que resuelve los graves problemas que tiene cada país europeo en la producción de un número adecuado de buenos programas para su propio público. En todas partes, hay escasez de dinero, pocos artistas y un número muy reducido de buenas ideas y textos aceptables. Los europeos estiman que la televisión se ha desarrollado con éxito en los Estados Unidos de América hasta llegar en realidad a una escala continental, y esperan que, de modo análogo, los grandes recursos humanos y artísticos de Europa les ayuden a obtener un ma-

(Por el viejo camino de Avila a Segovia)

(Para Estrellita Cartín, porque no piensa como pienso yo.)

Por ENRIQUE OBREGON



E di cuenta que la vida me la habían prestado por poco tiempo. Des de entonces sólo he querido vivir a mi manera. Todo, todo lo he ido tirando sobre la borda de mi pequeño barquichuelo. No me ha quedado más que esta pequeña ansiedad espiritual; este inmenso deseo de vivir como nadie vive para sentir lo que nadie siente. Ya no busco la felicidad en la vida... ni el amor. Y al no buscarlos, he encontrado vida en la infelicidad, realidad en el amor nunca llegado.

Solitario, me tendí bajo el árbol del camino. Era un árbol sin savia y sin hojas. Carcomidos su tallo y sus ramas por la viruela de los agujeros que perforaron los pájaros y los insectos. Las ramas, delgadas y desnudas, como látigos, mecidas por el viento fuerte y frío, fustigaban al espacio.

Camino de Avila a Segovia, por tierras de la vieja Castilla. Es un día de invierno. A un lado, la piedra se eterniza sobre el cerro. Al otro lado, el rústico y primitivo arado continúa roturando la tierra arenosa e improductiva. Continúa esclavizando a bueyes, caballos y hombres. Al frente, la Sierra está cubierta de nieve. Atrás, va quedando la legendaria Avila, patria de Teresa de Jesús y de El Tostado. Avila del Rey.



La legendaria Avila, patria de Teresa

Bajo el seco árbol, apenas si veo la torre de esa Catedral de Avila, la más vieja de todas las catedrales góticas de España. La única que ha sido iglesia y fortaleza al mismo tiempo. Pero también recuerdo que allá, en la otra

yor éxito, si es posible, de la televisión en este continente.

Ruta de Progreso

La televisión nos va en enseñar, en los años que vienen, mucho más acerca de los otros hombres y sobre nosotros mismos, y no todo de lo que aprendamos será tal vez favorable o bien recibido; pero la vida moderna lo requiere como la requieren las relacio-

ÁRBOL SECO ME CONTO...

metros.

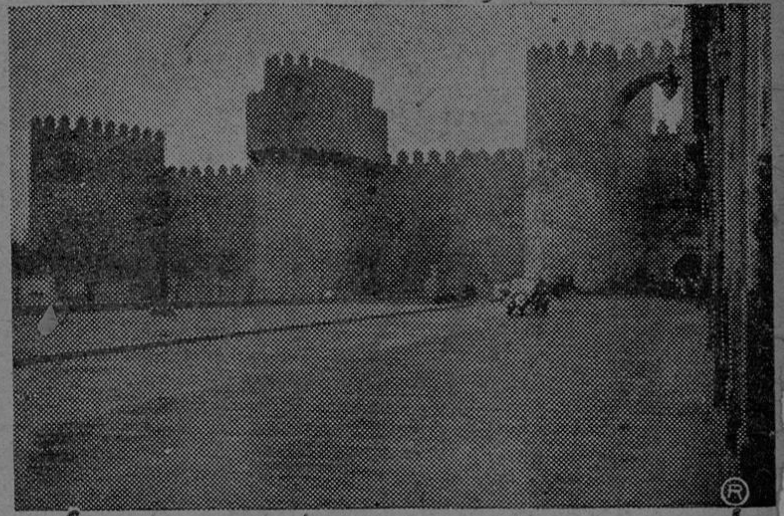
Mil novecientos hombres trabajando diariamente durante nueve años, dos kilómetros y medio de perímetro, el monumento militar más importantes de la Edad Media construido hace 8 siglos y medio... ¿qué pensarán las tranquilas cigüeñas de todo esto?

Mientras tanto yo, bajo el seco árbol, a la orilla del camino que conduce de Avila a Segovia, continué viendo a las descarnadas ramas arañar las nubes. De pronto, el viento sopla intensamente, se cuele por los agujeros del árbol solitario, y éste, tristemente, comienza, cantando, a contar:

"Viajero, por este camino, hace mucho tiempo, cuando Castilla no era Castilla, cuando el hombre no era esclavo de esta tierra,

ria se complica. Como en los amores, unos pueblos sucedieron y eclipsaron a otros pueblos. Llegaron primero los fenicios, los romanos después, luego los musulmanes y por último los cristianos. Los bellos y cristalinos Adaja y Grajal, sucesivamente, y poco a poco, se fueron tificando de rojo. Los hombres venían, desde lejos, a morir ante los muros de la bella Abila. Y los árboles, mis antepasados, se fueron muriendo de sed".

"Después, aquella lucha de moros y cristianos. Abila, ya marchita por la posesión constante, desilusionada y enferma, nunca como entonces tan disputada y poseída. Durante tres siglos pasó sucesivamente de manos de cris-



"Me persigue la obsesión de las murallas..."

Me preguntó que si tenía que cumplir una promesa.

—No. ¿Y por qué va a pie, entonces?

—Para conocer mejor.

—Es curioso. Por aquí pasó, hace algunos años, tal vez muchos, un joven francés. Vino a mi posada en un día como hoy. Con hambre y con frío. Estuvo dos días aquí... y se marchó. Al año siguiente, para las Navidades, recibí una tarjeta suya. ¡Era tan joven! Dicen que lo mataron en la guerra...

Mirábamos arder los maderos de encina sobre los cuales pendía, de una cadena, un cacharro con

Iba pensando en mi conversación del otro día con mi amiga.

—Por qué no vivir para ser feliz?

—Porque la felicidad no la puede el hombre aprisionar en sus manos. Pero se puede tener una fórmula de vivir inteligentemente. Tener una posición espiritual ante el mundo y la sociedad que nos rodea. Pensar en ser feliz es como pensar en vivir en una estrella. Aquí abajo, en la tierra —o bajo ella, como viven tantos— nadie puede ser feliz. Pero vive mejor quien puede resolver, a su manera, los problemas que se le presenten. Luchar, si luchar todo lo que se pueda, superarse, valo-



De todas las colinas bajaban los rebaños de ovejas.

ni mis hermanos los árboles se secaban de sed, vino un hombre-dios, hijo de Hércules el egipcio, llamado Alcideo. Enamorado de este lugar, allí, donde ahora se encuentra ese enorme monumento de piedra, allí, sobre ese estribo del Guadarrama, en medio del Adaja y el Grajal, que entonces no se llamaban ni Grajal ni Adaja, fundó esta ciudad. Su madre se llamaba Abila, y por eso Abila la llamó. Fué antes de la fundación de Roma. Esto nadie lo sabe. Sólo yo, porque mi padre me lo dijo y a mi padre otro padre se lo contó. Sólo los árboles guardamos amorosamente el recuerdo de lo heroico y lo grandioso del pasado. Luego... la histo-

tianos a manos de moros. Desde mi soledad de árbol y de muerte, en las noches, escucho el canto guerrero de Tarik y de Almanzor y del Califa de Córdoba Abderraman..."

El viento había cesado. El árbol ya casi no cantaba. Yo estaba mirando al campesino castellano, con su vestido de pana negra y sus alpargatas sucias, arriar sus caballos y enterrar el arado en el campo arenoso. Hombres, bestia y madera en un roturar constante. Y así, desde hace siglos.

— II —

LA VIEJA DE LA POSADA

Sobre el viejo camino de Avila a Segovia, continué mi marcha. Era como caminar sobre milenios. Iban quedando atrás los pequeños caseríos. Pueblos de setenta y cinco y cien habitantes, con sus pequeñas casas de piedra. Berrocalejo de Aragona, Mediana, Ojos Albos, Aldea Vieja, Zarzuela del Monte, y, finalmente, Villacastín, punto de intersección de los caminos de Segovia y la Coruña. Villacastín es un pueblo más grande y más visitado por el turismo. Por lo tanto, más frío. Tiene una iglesia de piedra construida por Juan de Herrera, el arquitecto de El Escorial. Allí terminó mi primera jornada. Había recorrido veintinueve kilómetros.

De nuevo, al día siguiente, rumbo a Segovia por el viejo camino... ¡Pero aquella vieja de Berrocalejo que soplabla el fuego con el tubo de hierro! Debería de tener ochenta años. ¡Era tan vieja!...



"Yo estaba mirando al campesino castellano enterrar el arado en el campo arenoso..."

garbanzos. La vieja no dejaba de soplar el fuego como si su vida dependiera de la vida del fuego. Al otro lado, su pequeña nieta surcaba, silenciosamente, unos calcetines de lana.

Al despedirme, la anciana se quedó mirándome con todo su cuerpo, y me dijo: "vaya con Dios, buen hombre". Parecía preguntar se: ¿lo matarán también en la guerra?

(En todo caso, morir en la guerra, o en otra forma morir, era lo mismo. ¡La vida me la han prestado por tan poco tiempo...!)

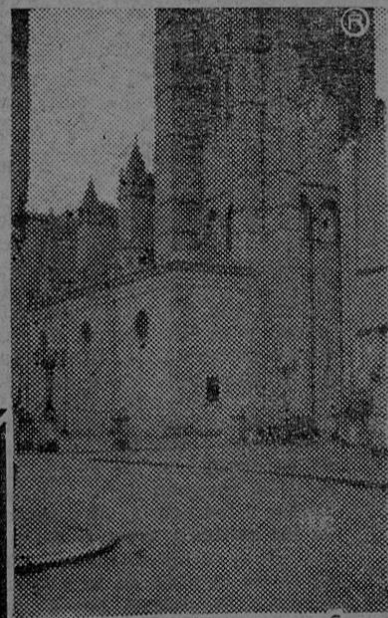
Ocho kilómetros antes de llegar a Segovia está Madrona. Eran las siete de la tarde cuando llegué. De todas las colinas bajaban los rebaños de ovejas. Y con ellas, un concierto de balidos y de son de campanillas.

Continué, por el viejo camino, hacia Segovia.

rarse día con día, pero pensando siempre que, en cualquier momento, nuestra vida pierde su razón de ser. La muerte, ese viejo camino, será siempre el obstáculo insoslayable. La muerte es el fin. Después de la muerte, muerte. En la tumba todo quedará: ilusiones, sentimientos, inteligencia. La inmortalidad es la farsa más grande que han inventado los filósofos para su consuelo. Todo está aquí sobre la tierra. La vida es como una amarga canción que tiene por estribillo constante el sinsabor de la infelicidad. Aprender a vivir es aprender a sufrir. Es comprender que se lucha para poco tiempo porque no se vive después de la muerte. Nos otros apenas si existimos para suspirar.

Segovia, febrero de 1954.

(FOTOS ISAIAS MURILLO)



La Catedral de Avila, la más vieja de todas las catedrales góticas de España

APENAS UNA VOZ



*Abierto el pecho al grito, tengo.
Abierto el pecho al grito, tengo.
Y cómo no tenerlo,
si ausencia y tiempo, unidos,
derribaron la gracia
que ordenara la gracia de tu gesto;
si tu partida me dejó en el alma
el incierto-sabor de un dolor nuevo.*

*Y cómo no tenerlo, si
huérfano de tu luz
camino ciego.*

*Poco a poco,
en mi memoria te has ido diluyendo,
y es, como si tu recuerdo
fuese una muriente campana
cuya voz
buscara la ribera del silencio.*

*Como si el viento jugara con tu voz
y te llevara mas allá, mas lejos.*

*Como si el viento,
a cuya vera
se derramó tu aliento jardinero,
jugara con tu voz,
y te llevara mas allá, mas lejos.*

*Para el espejo vivo de la fuente,
para el espejo muerto,
para mi, para el tiempo
y para todos, se alzaré el cruel dolor
de haber ido perdiendo tu recuerdo.*

*Hasta que al fin llegados a un recodo del tiempo
te encuentro yo de nuevo,
como una voz que fuera ya silencio,
como una voz que fuera casi eco.*

ENRIQUE MORA SALAS



Una agente de la educación para la vida

Por LEN ORTZEN

TODOS los martes por la mañana, la señorita O. abre las puertas de su casa a los visitantes que desean verla en la Pequeña ciudad del interior de Francia donde vive. En la puerta, un cartelito descolorido por el sol y escrito con tinta anuncia que la asistente social recibe de las diez a las catorce horas. La sala en que así lo hace es oscura y tiene ese aire rígido de las habitaciones de recibo en los países latinos, donde sólo se hace uso de ellas cuando hay una visita de cumplido. Pero la señorita O. es una muchacha cordial y llena de animación. Y necesita por cierto de estas cualidades en la espinosa función que le ha tocado desempeñar. A nadie le sorprenderá saber que no vive en esta casa, a la que viene sólo un día por semana, precisamente el de mercado, en que la ciudad está llena de visitantes de las localidades vecinas.

La Caja Agrícola Departamental emplea los servicios de la señorita O., que se extienden a 22 aldeas y, en conjunto, a unas 4.000 personas. Por lo que respecta a la tarea que desempeña, el territorio es virgen, y ella la primera asistente social que se haya conocido en la región. Su esfera de acción es muy amplia por cierto. Fundamentalmente, sus funciones son las de "viajante" de educación, ciencia y cultura, así como otros son viajeros de comercio.

Muchos campesinos y pequeños granjeros viven en casas pintorescas si se las mira de fuera, pero que por dentro son muy poco mejor que los cuartuchos de los barrios bajos. La falta de agua corriente, el hacinamiento de las gentes y la vida de esfuerzo físico y limitación mental que éstas llevan constituyen una especie de desafío a la misión de la asistente social. La señorita O. visita a las mujeres encinta que han reclamado los beneficios del Sistema Nacional de Salud; recorre los hogares de los niños atacados de tuberculosis; investiga las denuncias de hacinamiento en determinado lugar. Otro de sus muchos deberes consiste en ayudar a los jóvenes delincuentes y tratar de combatir las causas sociales o familiares de su mala conducta. En muchos de estos casos, sus esfuerzos se dirigen a inculcar a los padres de familia principios científicos o higiénicos fundamentales, así como nociones de ciencia doméstica moderna. Para ello tiene que combatir la superstición y los "cuentos de las comadres", y a pura fuerza de carácter, convencer a las familias campesinas de que alegren un poco sus hogares y los hagan más acogedores, así como de que se interesen por alguna actividad de fuera que pueda ensanchar su horizonte mental. También insiste en la conveniencia de que las chicas asistan a las escuelas de ciencia doméstica, de las que es organizadora y donde tiene una clase a su cargo.

Todas estas funciones de la señorita O. representan una de las formas en que los distritos rurales de Francia reciben en la actualidad varios de los beneficios y servicios comunes en las ciudades desde hace ya tiempo. La necesidad a la cual responden existe también en muchos otros países, donde los problemas y dificultades de los colegas de la se-

ñorita O. se parecen mucho a los que ella debe afrontar todos los días.

Las comunidades agrícolas de cada departamento francés disponen de sus propios medios con este objeto; esos fondos están formados con la contribución que aportan a las asignaciones familiares y a los sistemas de seguridad social. Después de pagadas las asignaciones, algunas zonas disponen de más fondos que otras; o, en otros casos, sus administradores tienen más empuje y perspicacia que los demás. Por esas razones hay grandes diferencias entre las facilidades de que disponen las gentes del campo en uno y otro lugar. En el sudeste, por ejemplo, se están inaugurando centros de educación y ayuda social, pero por su parte la señorita O. sólo dispone, por todo instrumento, de una balanza para pesar bebés. Sin embargo, lo principal —dice ella— "es hacer que las madres vengan a los centros de puericultura que yo atiendo. Hasta ahora, por lo disperso de la población, sólo he podido celebrar reuniones una vez por mes".

Aunque el sueldo de esta asistente social se paga con las contribuciones de los granjeros y las gentes que trabajan en las granjas, ella presta servicios, sin distinciones de ninguna clase, a cualquier familia que los solicite, cosa que se debe a un convenio cooperativo entre las diferentes autoridades que emplean los servicios de una funcionaria de esta índole. Con todas las que había en un departamento se formó un grupo, asignándose a cada una un territorio determinado como zona de operaciones. La señorita O. visita a los obreros de las industrias y a los empleados de una gran fábrica, cuyos hogares se encuentran en la zona que le corresponde; y en compensación, las asistentes sociales de la organización de trabajadores industriales y de la fábrica se ocupan de los granjeros y aldeanos que viven en los alrededores de la ciudad.

Las dificultades a que debe hacer frente la señorita O. no son nunca sencillas. Le resulta difícil, por ejemplo, ganarse la confianza y la cooperación de las familias campesinas, que la consideran como miembro de un grupo social más elevado. Algunos sienten desconfianza frente a la educación y conocimientos amplios de la visitadora, y dudan de que sea capaz de comprender y apreciar sus propios problemas. Contra esta especie de muro de indiferencia e ignorancia se libra actualmente un ataque en el territorio donde le ha tocado actuar a ella sino en muchos otros países. El conocimiento de los métodos empleados en otras partes guía, en este sentido, la actuación de la señorita O. y de sus colegas.

En el Líbano, por ejemplo, el Centro "Jibrail" descubrió entre los habitantes de las aldeas una marcada indiferencia por las ideas nuevas que impartían los extranjeros, y se dió cuenta de que la mejor manera de vencerla era preparar para la tarea a gentes que habían vivido allí toda su vida. En Puerto Rico, el éxito de las "segundas visitas" o servicios de extensión, en las zonas rurales se debe, en gran parte, a su adaptación a las necesidades esenciales de las gentes que viven en éstas. Aun así, pudo comprobarse que la eficacia de la obra se vea reducida cuando la mayor parte de los maestros y trabajadores sociales no residía en el seno de las comunidades donde realizaban su tarea.

La señorita O. tiene la ventaja

Sus muebles valen mucho



para perderlos en un incendio

**Asegure sus muebles
contra incendio**

LA TARIFA ES MUY BAJA:

De 24 a 39 céntimos por cada cien colones de seguro, según la construcción del edificio en que estén sus muebles.

Pida toda clase de informes:



Instituto Nacional de Seguros

de haber nacido en un medio rural; sus padres son comerciantes en granos en el distrito en que ella actúa. Pero muchas de sus colegas carecen de esta ventaja, y las organizaciones que emplean a las asistentes sociales han adoptado actualmente tres principios que han de permitirles estar mejor per trechados para su labor; se deberá reclutarlas entre las familias que viven en el campo; trabajar durante algún tiempo en una granja constituirá una parte esencial de su preparación, y cada una de ellas deberá vivir y permanecer por espacio de varios años en un distrito determinado.

Las misiones culturales enviadas a México han debido resolver problemas similares de preparación de los trabajadores sociales, y como resultado de ello se fundará un colegio de preparación especial en la materia, que ayude a los maestros a comprender mejor las necesidades y puntos de vista de las gentes que viven en centros rurales.

En todas partes en que se trata, ya sea por una labor de orden personal o por medio de organizaciones, de mejorar, tanto cultural como materialmente, la vida de las gentes de campo, las dificultades son las mismas. Las tra-

bajadoras sociales del tipo de la señorita O. están actuando solas y deben superar el aislamiento de orden moral en que se hallan. No sólo realizan así una labor de adelantado en un terreno completamente virgen, sino que se ven más aisladas en su tarea que un cura de aldea, porque el cura de aldea, por lo menos tiene colegas en las aldeas vecinas. Y aún en esas circunstancias el número de gentes a quienes esta asistente social recibe en una ciudad francesa todos los martes, desde las 10 de la mañana hasta las 2 de la tarde, va siendo cada vez mayor.

En nuestra próxima edición publicaremos el capítulo 26 de la

Historia del Poder Ejecutivo de Costa Rica

Por
Rafael Obregón Loria

VENTA AL PREGON

Por Modesto Martínez

TODAS las mañanas a la hora en que el Sol anuncia su próxima salida con el brillar regocijado de la aurora, invade las oficinas de la Administración de este Diario una parvada de chiquillos que se encargan de la venta al pregón del periódico por las calles de la ciudad.

Tan pronto como abre las oficinas el portero, que siempre los mira severamente, suben los chicos escalera arriba, y el trompeteo jocundo de sus voces chillonas llena de animación y alegría el edificio.

Los hay de todos los tamaños, de todas las categorías; unos de suaves modales y de dulces maneras, otros ásperos y rudos que vociferan, gritan y protestan, que arrebatan a codazos el primer puesto y que a veces no vuelven más con el producto de la venta.

Algunos llegan con la cara limpia y las ropas también; traen con ellos el perfume de un hogar tranquilo y apacible de obreros, donde se lucha serenamente con la pobreza y donde la miseria jamás penetra porque encuentra las barreras infranqueables del trabajo y la honradez.

Esos chicos limpios y modositos, traen en la cara y en la cabeza las trazas de un reciente lavoteo en agua fría y en la mirada el reflejo de la satisfacción del buen trato; parecen recordar agradecidos la taza humeante de café servido por la mano bondadosa de la madre, con el pedazo de pan francés; la despedida; el padre al taller y el niño a vender periódicos después del "Dios te bendiga" de la que en la casa queda con el trajín de los quehaceres domésticos.

Esos muchachos son los que menos algazara meten, llaman de "don" a todo el mundo, se quitan respetuosamente la cachucha recomendada y jamás se apropian indebidamente el producto de la venta.

Son los trabajadores de mañana, los que formarán hogares modelo, los que serán el alma de nuestro pueblo vigoroso, los que en el santuario de los suyos han aprendido el secreto de encontrar la felicidad, aun entre las zarzas de la lucha dura y congojosa del obrero.

* *
* *
* *

Pero hay otros en cambio que dan tristeza; llegan sucios, desarrapados, mal olientes, porque han dormido con la misma ropa que hace mucho tiempo no se cambian, porque nadie los obligó a lavarse, ni les dió café; y traen el gesto airado de quien al salir en vez de un "Dios te bendiga" oye el "Vaya pronto, sinvergüenza" acompañado del puntapié del alcohólico que es su padre "de la temporada".

Esos pobres me inspiran lástima; juran porque oyen jurar, no aman la vida porque no conocen de ella nada que la haga amable, digna de ser vivida; venden periódicos, pues saben que si al regresar no llevan algún dinero, recibirán una paliza; por eso odian a sus compañeros, a los limpios y felices y les dan un puñetazo rabioso, que es un germen de protesta, que es el predecesor de la bomba de dinamita del anarquista.

Pobres muchachos! Parece que la fatalidad los condujera por los malos caminos, cuando en sus almas, como en las de todos los niños, hay veneros de bondad, hay elementos para producir las ansias nobles y los espíritus generosos.

* *
* *
* *

Yo me divierto oyendo sus charlas y decires. Son los vendedores del periódico, los mejores críticos del mismo, desde el punto de vista popular.

Algunos llevan un número fijo de periódicos; otros llevan según la importancia de las noticias y el número de grabados.

Estos últimos vendedores son los más severos críticos; antes de decidir el número de ejemplares que han de vender, examinan, leen y releen el diario; si hay crimen, un crimen bien espeluznante y unos cuantos grabados, piden cien y doscientos ejemplares; si no hay algo de eso, refunfuñan y en nuestra cara nos dicen que no sabemos hacer periódicos ni nada.

Ellos querían que cada día hubiera un crimen, que el taller de fotograbados vomitara clichés incesantemente. Después de todo, no son más que el eco del gusto popular!

Algunos vienen por la noche a inquirir cómo va a estar el periódico al día siguiente y si les anunciamos un crimen salen fro-tándose las manos con la perspectiva de un buen negocio. Pero cuando no hay crimen, ya se les puede anunciar un magnífico editorial sobre la actualidad política o un artículo de la mejor pluma del país sobre el más interesante tema; arrugan la cara y salen disgustados, furiosos, mirándonos como con lástima porque no sabemos explotar el negocio.

Otros, cuando hay algún acontecimiento sensacional, vienen corriendo, jadeantes suben las escaleras y nos comunican lo sucedido: "Bastantes detalles, pero bastantes —dicen— y manden el fotógrafo".

Están así preparando el negocio para el día siguiente.

* *
* *
* *

Uno de esos vendedores era casi mi amigo íntimo.

Después de entregar el producto de la venta en las oficinas de la Administración, se colaba suavemente en la Dirección y repantigándose en un sofá esperaba a que yo terminara la redacción del artículo de fondo para darme un rato de palique.

Era el más entusiasta por los crímenes y uno de los mejores vendedores.

Me contaba su historia, la de toda su familia y hasta me decía

Símbolo de nuestra época

De la introducción a una antología, por JOSE M. NAVASAL

Hace algo más de cien años murió Edgar Allan Poe, abandonado y miserable, en una sala común de un hospital de Baltimore. No dejó bienes materiales de ninguna clase. Por el contrario, durante el último período de su vida vivió de la caridad de unos pocos amigos. Sin embargo, había legado a la posteridad algo que con el tiempo ha sido reconocido como uno de los elementos más característicos de nuestra época: la literatura policial. En cuatro cuentos policiales, Poe creó todos los aspectos fundamentales del género. El detective particular, de extraña personalidad y formidable capacidad deductiva, encarnado en Dupin, el hombre, que vivía de noche y descifraba los enigmas más extraños; el amigo, no muy inteligente, que destaca las brillantes dotes del protagonista con sus preguntas ingenuas; la deducción larga y complicada, pero perfecta, que abre el camino hacia la solución del crimen; el final sorpresivo; el culpable, que es la persona menos indicada, y la superioridad del protagonista sobre los investigadores policiales. Todo eso está en "Los Asesinatos de la Calle Morgue" y "La Carta Robada". Pero hay más. Poe originó también el relato novelesco de un caso real en "La Desaparición de Marie Roget", basado en un famoso crimen neoyorquino, y fué el primero en escribir sobre balística y en aplicar "presión psicológica" sobre el criminal, en un cuento mucho menos conocido, titulado "El Testigo del Crimen".

Con los elementos creados por Edgar Allan Poe, sus imitadores obtuvieron fama y fortuna. Hay escritores policiales, como Ellery Queen o Agatha Christie, que han edificado una magnífica situación económica sobre aquellos cimientos que no bastaron a asegurar la subsistencia de Poe. La literatura policial se ha convertido en uno de los símbolos de nuestra época. Personajes como Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill, Albert Einstein y otros de igual categoría buscan en ella el descanso de sus agobiadoras tareas cotidianas. Los escritores más famosos han abordado el género. Encontramos cuentos policiales de Aldous Huxley, Pearl Buck, William Faulkner, Ernest Hemingway, Guillermo Apollinaire, Sinclair Lewis y Hugh Walpole. No narraciones que puedan ser consideradas, con cierto esfuerzo, como pseudo policiales, sino cuentos abiertamente pertenecientes a este género. Faulkner, por ejemplo, acaba de publicar una recopilación de sus relatos policiales. Y es muy difícil encontrar un velador sin una novela policial. Algunos sin recatarse, muchos otros a escondidas, los hombres del siglo veinte tienen en la novela o el cuento policial su entretenimiento favorita.

Hay quienes gustan de seguir en las páginas de un libro la complicada labor deductiva del detective, acompañándolo a través del análisis de las pistas y llegando con él a la solución final, pero que no se atreven a llevarlo bajo el brazo, en la oficina o el autobús, por temor a las sonrisas burlescas de quienes se sienten colocados por encima del género y sacan patente de intelectuales al despreciarlo. Hemos experimentado muchas veces la misma indignación ante esa actitud irrazonable, que condena a priori, sin detenerse a analizar, y hemos deseado disponer de autoridad y tiempo suficientes para obligar a esos críticos a leer una docena de obras maestras de la literatura policial, que pueden competir en un mismo plano de calidad con las mejores obras de cualquier género.

que su padre tenía mal carácter y que a veces le pegaba.

Yo tenía también con él expansiones, le contaba historias, le daba consejos.

Un día en que hubo uno de esos crímenes terribles, llenos de escenas sensacionales, de esos que los reporteros convierten en novelones de folletín, no apareció el vendedorcito.

Sentí su ausencia y pensé si estaría enfermo; como era mi amigo procuré indagar su paradero.

Al día siguiente lo encontré en la calle.

Sentí cierto regocijo y me acerqué a él; me recibió con la gorra en la mano y cabeza baja.

—Por qué no fuistes ayer a vender periódicos?, le pregunté. Hubo un crimen espeluznante de esos que a tí te gustan.

El pobre chiquillo se echó a llorar y con la gorra se limpiaba las lágrimas que le corrían por las mejillas abajo.

—Pero ¿qué te pasa?, le dije sorprendido.

Y él, entonces, con la voz entrecortada por los sollozos, me dijo:

—El del crimen fue papá...

Tuve que hacer un esfuerzo para no llorar también!

26 de febrero de 1911.



BEN-GURION Y EL ESTADO DE ISRAEL

Por RAMON SENDER



A Biblioteca Filosófica de Nueva York ha traducido del hebreo y publicado "Renacimiento y Destino de Israel", de David

Ben-Gurión. Es el libro más autorizado de todos los publicados hasta ahora sobre el génesis y el desarrollo de esa nueva nación, que tanto ha dado que hablar en los pocos años que lleva de vida. El pueblo más viejo de la historia tiene la nación más joven. Un contrastado extraño.

Los judíos forman realmente el grupo cultural más viejo de la civilización moderna. Recuerdo que en una fiesta en Nueva York donde había ingleses y europeos de familias ilustres, se hablaba de la antigüedad de los linajes de Europa. Pocas familias modernas pueden remontar la historia hasta más allá del siglo XIII en el cual los "ancestros", como dicen en inglés, se pierden en las nebulosas del medioevo.

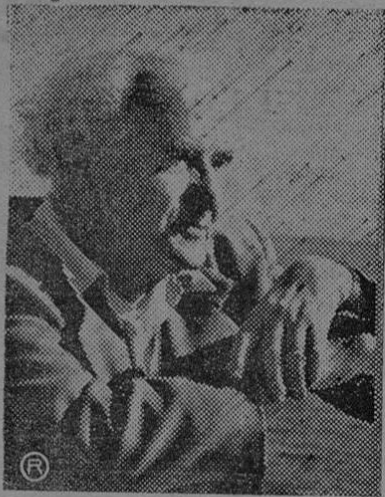
Un judío que estaba presente dijo que él no se consideraba aristócrata—esa preocupación parecía una formalidad—, pero tenía datos históricos de su familia desde el siglo II antes de Jesucristo. Podía citar correctamente los nombres de sus antepasados a lo largo de sesenta y dos generaciones.

Es sabido que el calendario judío es el más viejo entre los pueblos modernos. Este año nuestro de 1954 es para ellos el año 5715.

Desde lo que ellos llaman "la diáspora", en el año 70 de nuestra era, cuando el emperador Tito destruyó el templo y dispersó a los fieles, los judíos han andado errantes por los cinco continentes, dedicados principalmente al comercio. Pero desde el año 721 antes de Jesucristo no había vuelto a existir una nación con el nombre de Israel, hasta ahora. Gracias a la rabiosa animosidad de Hitler, que empujó a los judíos a unirse y defenderse y a la ayuda de los países aliados, el Estado de Israel ha sido, por fin, una realidad. Aunque pequeña, la nación israelita tiene una extensión mayor que en la antigüedad. Comprende toda la parte de Palestina—la antigua tierra de Canaán, en la Biblia— delimitada por el Líbano al norte, la orilla izquierda del Jordán al este, y el mar Muerto al sur. La capital es Jerusalén, como en los tiempos de David y Salomón.

El libro de Ben-Gurión tiene las reservas y habilidades de los libros de los hombres de estado en las viejas naciones del occidente. Ben-Gurión fué uno de los primeros administradores de Israel, cuyo gobierno presidió desde 1948 hasta hace pocos meses. Su habilidad discursiva y su tacto se ven en la manera de eludir el principal problema: la discrepancia entre hebreos y judíos sionistas. No es que no hable de eso, pero lo hace evitando la parte viva y polémica. Tomándolo por donde menos quema.

Ben-Gurión es un sionista. Yo he conocido a algunos sionistas en mis peregrinajes. Entre ellos al que fué rector de la universidad israelita de Jerusalén, doctor Magness, fallecido hace poco. Este notable humanista había sido durante muchos años rabí de la sinagoga más distinguida de Nueva



York. Tiene un hijo especialista en lenguas semíticas que fué titular de esa cátedra en la universidad judía de la ciudad del Hudson. Este profesor está casado con una artista ya conocida, a pesar de su juventud: la violinista Frances Magnes. Yo he tenido a veces la tentación de hacer un viaje a Jerusalén estimulado por la presencia en aquella nobilísima ciudad de algunos amigos, entre ellos varios refugiados políticos españoles.

La vieja ciudad con sus murallas, el "muro de las lamentaciones", la casa de Pilatos, es uno de los rincones del planeta más profundamente sugestivos. Toda la moral del mundo de occidente nació allí. El cristianismo no es sólo una religión, sino una cultura y una filosofía. Por una rara circunstancia Jerusalén no es hoy católica ni protestante. Es judía y árabe.

Los árabes y los judíos se diferencian menos de lo que alguna gente cree. Históricamente son los mismos, y antropológicamente lo son más todavía. Las caras, los perfiles, los gestos y hasta el tono de voz revelan el aire de familia. Hoy el árabe es el nómada aventurero de siempre, y el judío se ha hecho un hombre blando, sedentario y casuista. El nómada musulmán premia la violencia con el botín, y el judío premia la mansedumbre con el éxito financiero. El judío es astuto y realista, y el árabe es soñador y valiente. Para muchos el árabe es romántico y el judío vulgar. Para otros el judío es digno de admiración por su espíritu práctico y su don de adaptación. Y también por su aptitud para las ciencias.

Árabes y judíos se miran con recelo en una y otra orilla del Jordán. De vez en cuando se amenazan, y en los últimos años se han batido sangrientamente. Sus diferencias son explotadas por los estados totalitarios, y esa es una de las zonas de acción en las que los fascistas y comunistas coincidían ayer y coinciden hoy todavía. Dentro de Rusia, igual que en los estados fascistas, el antisemitismo es un instrumento de la demagogia oficial del estado. Y los comunistas y los fascistas tratan de apoyar a los árabes y de estimularlos al ataque contra Israel.

El libro de David Ben-Gurión ofrece en un vastísimo panorama la historia de los judíos a lo largo de más de tres mil años, desde las guerras civiles entre Israel y Judea, antes de Moisés. Los judíos hablan de Egipto casi como nosotros hablamos de nuestra

Edad Media. Leyendo esas páginas se siente uno desplazado de las zonas de nuestra cultura y hundido en la leyenda y la tradición, con referencia a nombres del Antiguo Testamento, que han tenido un eco en nuestros sueños de infancia.

El estado de Israel no es comparable con ninguno otro de occidente. Es una democracia y, al mismo tiempo, una teocracia. La ley, la religión y la administración con todas sus ramas—económica, social, militar, agrícola, industrial e incluso artística—van juntas. Este rasgo oriental, en el que asimismo coinciden los rusos, fué llevado al más alto grado por los griegos en la Antigüedad, entre los cuales la religión, la ley y la poesía eran una sola misma cosa. También entre los árabes. Y no debe ser causa de confusión ni de debilidad orgánica, porque Israel, por vez primera desde hace tres mil años, ha reñido verdaderas batallas y las ha ganado.

El Estado de Israel tiene algunas formas de organización colectivistas.

La necesidad de improvisar una economía con más entusiasmo que oro, les ha llevado a trabajar en común y a consumir también en común sus bienes. Esto da a algunos aspectos de la vida de Israel un aire patriarcal y a veces socialista.

En la situación desventajosa de los judíos con sus pugnaces hermanos árabes a lo largo de la historia, hay que tener en cuenta que los árabes tuvieron siempre una unidad política que les dió la apariencia de una nación. En cuanto los judíos han tenido también su Estado, no les ha sido difícil hacerles frente y vencerlos.

Parece que en el mundo hay sólo cinco millones de verdaderos árabes (es decir, ortodoxos musulmanes, porque "árabe" es una designación religiosa que quiere decir "justo", esto es, "fiel"). Los judíos pasan de los quince millones. Pero los sionistas son pocos. No más de dos millones. Y hay también judíos antisemitas, sobre todo en los Estados Unidos.

Según se desprende del libro de Ben-Gurión, los problemas inmediatos del Estado de Israel son la defensa militar, la consolidación del gobierno nacional y de los órganos de administración local, la vigorización y la expansión de la economía y la unificación de la cultura—sobre bases religiosas—. Los problemas son tantos, que un espíritu menos seguro de sí que Ben-Gurión habría sentido la tentación de la autocracia. Porque en un mosaico—y nunca mejor empleada esta palabra—de esas magnitudes y complejidades la democracia es a menudo el problema mayor.

Dice Ben-Gurión: "Una patria no se da ni se recibe como un regalo. No se adquiere por privilegio o por contrato político. No se compra con oro ni se sostiene por la violencia. Se hace con la cooperación de todos y es la empresa colectiva de un pueblo, el fruto de su trabajo físico moral y espiritual a lo largo de algunas generaciones.

La crítica más fuerte contra ese libro vendrá de los grupos judíos heterodoxos de otros países, especialmente de los Estados Unidos. Como decía, no faltan los judíos antisemitas, por extraño que parezca. Desde el sefardita, que es considerado al judío aristócrata de origen español o por-

Se han celebrado en la ciudad de La Habana las primeras Jornadas Bibliotecológicas Cubanas, organizadas por la Asociación Nacional de Profesionales de Biblioteca, con la colaboración del Centro Regional de la Unesco en el Hemisferio Occidental y de la Escuela de Bibliotecarios de la Universidad de La Habana.

Reuniones de este tipo se han organizado en Argentina, Uruguay y otros países de América Latina.

Los fines esenciales perseguían los organizadores de las Jornadas: primero, reunir a todos los bibliotecarios y personas interesadas en el problema del libro y su difusión, para cambiar ideas sobre las dificultades que confrontan las bibliotecas en Cuba, encontrar aquellas soluciones capaces de conducir al mejoramiento de ellas y a la organización de un servicio bibliotecario en todo el país; en segundo lugar, propiciar el establecimiento de relaciones más estrechas entre los bibliotecarios cubanos, a fin de alcanzar, a través de una colaboración más estrecha un mayor estímulo para los profesionales y un mayor beneficio para las bibliotecas.

Las recomendaciones que formuló la Asamblea Plenaria en su sesión de clausura, y que se relacionan especialmente con el trabajo de la Unesco, son:

1º—Que se apoye el Manifiesto para Bibliotecas Públicas editadas por la Unesco y llamar la atención sobre la imperiosa necesidad de organizar y estimular las bibliotecas infantiles, escolares, obreras, etc.

2º—Que se apoye con entusiasmo el plan de la Unesco-OEA, de cuyo enunciado se han tenido noticias no oficiales, sobre la posible creación de un Centro Latinoamericano para la preparación de bibliotecarios, y solicitar de dichas organizaciones que este Centro se organice en La Habana, para lo cual los bibliotecarios de este país prestarán todo el apoyo necesario.

3º—Que se gestione ante la Comisión Nacional de la Unesco la creación, dentro de dicho organismo, de un Comité de Bibliotecas y Bibliografía.

4º—Que las Asociaciones y Escuelas de Bibliotecarios apoyen los planes de la Unesco en materia bibliotecaria y desarrollen la siguiente actividad específica.

tugués, hasta el yidiah polaco a quien los mismos judíos consideraban un paria, la escala presenta una variedad riquísima, en cuyos intersticios crecen como en otras partes el desdén y la vanidad.

La falta de unidad de los judíos ha sido su ruina como nación. Esa falta de unidad tampoco era culpa exclusiva de ellos porque todo el mundo parecía confabulado en su contra. Pero el ensayo de Israel les brinda el reposo en la larga aventura. Ver a los judíos cultivando sus tierras, criando sus rebaños, dando a Rebeca en dote de cabezas de carnero y predios de labranza y eligiendo a sus jefes es una novedad. Una vez más esta novedad enlaza con los orígenes mismos de la historia.

TREINTA Y SEIS. — MARIA, MADRE DE AMOR...

Obra analizada: MEDITACIONES. prosas de Omar Dengo. — 1929.

Estimado señor Director:

Un Miércoles Santo y precisamente el del año de gracia de 1928, Omar Dengo, el educador por excelencia, dedicó una de sus bellas oraciones a la exaltación de la sugestiva figura de María, la Madre de Jesús. Carlos Luis Sáenz recogió las frases del Maestro en forma perfecta. Esa oración debiera ser leída en las asambleas que, durante la Semana Santa, organizan las escuelas y los colegios de la República.

Es una serena meditación. Así la llama el autor. Serena porque él, en todos los momentos de su vida fecunda, mostró serenidad a toda prueba. Es un elogio de María, la mujer de casta real a quien un poeta llamó Madre de Melancolía.

Interesa a Omar Dengo la sinceridad de la adoración que las mujeres —de todas las razas, de todas las latitudes, de todas las culturas— consagran a María. Le impresiona el lenguaje que usan con respeto y cariño, al dirigirse a Ella. Ese lenguaje —torre de Marfil, Estrella de la Mañana, Arca de Alianza— perturba el espíritu. Lo hace pensar hondo. Lo obliga a sentir profundo. Pero, más que nada, al orador sin tacha lo atrae con atracción inefable, el dolor supremo de María. Ella sufre en silencio una Soledad de las más resignadas. Ella es la Dolorosa por excelencia.

La mirada de María es de ternura, de consuelo, de Amor sin límites. Entregó al mundo el más valioso, el más delicado de los dones: el Hijo bienamado al que supo llevar de la mano por senderos poblados de insidias.

María es humilde. La grandeza de su carácter sin igual es manifestación de una pureza a toda prueba. ¿Por qué? Porque Ella fué toda Amor como su hijo, el Dios-Hombre.

Ese Amor sin límites la condujo hacia el Dolor, también sin límites. Nadie, en el mundo, como Ella, supo sufrir tanto. Nadie, en el mundo, como Ella, logró ahuyentar, de los corazones humanos, la melancolía.

Vivió una vida que estuvo formada por constantes momentos de entrega. Todos esperaban algo de Ella. Ese algo fue siempre un manojito de esperanzas y de alegrías. En cambio, de tanta nobleza, nadie quiso dar ni siquiera un poco de cariño. Se vió abandonada a su Dolor único. Sin embargo, en la soledad suya, pensó siempre en los demás —ya fueran desamparados o no— para llevar a sus corazones alegría, consuelo, esperanza. En una palabra, Amor.

No esperó nunca que la nobleza suya fuera recompensada por otra nobleza. Las angustias ajenas la preocuparon constantemente. El Dolor suyo lo escondió como si de él quisiera hacer tesoro que más tarde pudiera repartir convertido en bondades sin fin.

¡Una espada —profetizó Simeón— una espada herirá tu corazón! Y la espada se hizo múltiple. Fueron muchas y hondas y dolorosas las heridas que causaron.

La inconciencia de Eva hundió a la Humanidad en la angustia desconocida del pecado original. El Dolor de todos los instantes de María redimió a la Humanidad de esa desesperación ingrata.

El Amor de María fue esencia de todos los Amores. Porque el suyo era el perfecto Amor de Madre. Para su Hijo. Para los discípulos de su Hijo. Para quienes más tarde crecieron al amparo de la religión de Cristo.

Con frase inefable, el Arcángel la llamó Bendita entre todas las Mujeres. Esa bendición se prodigó en amor hacia todos sus semejantes. Para Ella no quedó —de tanta belleza— sino ansia, angustia, dolor. Siendo la Dolorosa por excelencia nunca supo entregarse a la desesperación.

La de María fue y ha seguido siendo, a lo largo de los siglos, una misión de sacrificio consciente.

Bella la descripción que Omar Dengo hace de la Virgen María. Blanca con blancura estelar. Delgada y delicada. Serena en la mirada. Lenta en los gestos que parecieran ir pidiendo al Hijo adorado, bendición para todos: para los buenos, también, para los menos buenos y especialmente, para los malos. Tiene la delicadeza de quien es consciente de ser portadora y mensajera de un misterio extraordinario. Voz dulcísima; estremecida por una piedad infinita. Mirada profunda, dirigida siempre hacia los cielos. En solicitud de protección para todos los humanos. Su pureza inmaculada no le impidió acercarse al pie de la Cruz en la que agonizaba el Maestro de Amor. Iba en compañía de otra mujer, la María de Magdala, la vendedora de caricias redimida por la gracia divina. ¡La Madre de Dios, hecha de fulgores celestiales, junto a la mujer cuyo cuerpo pecador estaba hecho por el polvo de los caminos! María, la Virgen conducía, como si fuese una hermana suya, a la perdida. Aún más: le cedió el lugar que a ella, por derecho, le correspondía.

Madre de Amor infinito nunca lo negó a nadie. Daba Amor y



ASI
VISTEN
ELLAS

Elizabeth
Mora
Vargas

*Honda poesía
del instante...
Su permanencia
es una flor
de aromas...
Calma del misterio
y la belleza...
Y es radiante,
encendida,
la luz de su
presencia pura...*

(Foto Solano)



PROBLEMAS DE IRRIGACION EN EL BRASIL

Los geólogos brasileños que han emprendido el estudio de la irrigación y de las posibilidades económicas del inmenso valle de San Fe^o van a utilizar colaboración del Prof. Edgar Aubert de la Rue, enviado por la Unesco en misión de asistencia técnica.

De paso en París, M. Aubert de la Rue, que regresa de una misión científica en las islas Kerguelen, ha expuesto las grandes líneas del trabajo que le espera en el Brasil. El Gobierno brasileño ha nombrado una Comisión de Río Sao Francisco para la valorización de una región periódicamente arruinada por la sequía, y que se extiende en los Estados de Bahía y de Minas Geraes en una extensión de 1.600 Kms. Como geólogo, M. Aubert de la Rue se consagrará principalmente a la investigación de ca-

pas subterráneas y a la evaluación del suelo en las regiones irrigables. Deberá asimismo analizar los recursos minerales para que no se comprometa la explotación con la construcción de diques.

Además de su estancia de diez años en el Canadá, donde dirigía las investigaciones geológicas para el Departamento de Minas de la provincia de Quebec, M. Aubert de la Rue ha enseñado en la Universidad de México y en el Instituto Politécnico de Quito. Sus misiones geológicas desde hace 30 años le han dirigido a las regiones más diversas, desde África hasta Australasia, desde la Guayana al Labrador. Autor de numerosos estudios científicos, es conocido del público por dos obras: "El hombre y las islas", y "El hombre y el viento".

no recibía Amor. Daba alegría y su espíritu estaba saturado de Dolor.

Se vió preterida en toda ocasión. Su Hijo —como Dios que era— sabía que no era Ella quien necesitaba ayuda espiritual alguna. Por eso apartó los ojos suyos divinos para llevar miradas plenas de cariño a quienes, por sus pecados, —graves o leves— esperaban, de aquellos labios piadosos, la anhelada redención.

Bellos pensamientos. Inefables sentimientos llenan nuestro espíritu al leer la sugestiva ORACION A MARIA de nuestro místico Omar Dengo. Nos sentimos menos pecadores al repasar esas palabras de íntima devoción.

Valiosas, en consecuencia, esa página del Educador por antonomasia. Se imponen a la meditación profunda. Despiertan íntimos anhelos de nobleza generosa.

¡Quien tales cosas obtiene, en realidad es un Artista!

Con la simpatía de siempre, saluda afectuosamente, al señor Director de LA REPUBLICA,

LUZ DEL ALBA